







Boceto de un prisma







Ezequiel Murphy Lovecchio

Boceto de un prisma



vela al viento
ediciones patagónicas



Murphy Lovecchio, Ezequiel
Boceto de un prisma - 1ª ed. - Comodoro Rivadavia: Vela al Viento
Ediciones Patagónicas, 2011.
160 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1638-10-9

1. Literatura Argentina. 2. Poesías. 3. Cuentos. I. Título
CDD A860

Fecha de catalogación: 02/03/2011

Título
Boceto de un prisma

Autor
Ezequiel Murphy Lovecchio

Contacto con el autor:
ezequielmurphy@hotmail.com

Primera Edición
Vela al Viento Ediciones Patagónicas - Abril 2011

Foto de tapa
Ezequiel Murphy Lovecchio

Fotos de interior
Ana Silvia Leiva

Corrección
Mario Murphy

Diseño de tapa
Sergio Manuel Gómez

Diseño Interior
Rubén Eduardo Gómez
rubedugomez@gmail.com

Colección
Velamen

Impresión y Servicio Editorial
Vela al viento - Ediciones Patagónicas
velaalviento@gmail.com
T. E. 054-0297-154-141145

Tirada
300 ejemplares

Queda hecho el depósito que establece la ley 11723
Impreso en la Argentina

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro ni de sus imágenes, ni su incorporación a ningún sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.



*A mi familia y a mis amigos,
que me pusieron el pie en el acelerador*







Aristas I







Brotos bajo tierra

Se rompieron treinta mil cristales
y una infinita cantidad de muebles.
Las paredes se derribaron
quedaron solo escombros.
Los marcos de puertas y ventanas
permanecieron en pie y
sobre los cimientos firmes
que esperaban bajo tierra
comenzó la reconstrucción
a través de las mismas puertas
de las mismas ventanas.





La ciudad, un mundo

La ciudad se deforma,
lo incesante del tiempo la trastorna,
los vientos se agrupan junto con la lluvia
y arman un ejército contra los refugios
de los sin casa, de los marginados,
que lo cambian todo por un cambio,
que lo saben todo y lo desconocen.
De los aburridos
de los solitarios.
La ciudad se transforma
como arrecifes de basura en degradación.
Los hielos se acumulan para frenar los gritones,
y construyen barreras para las canciones.





La farsa y la indiferencia

Conjugar las palabras
como si fueran números
esparcir los números
como si fueran la ley,
y a la ley hacerla religión.

Resignarse a la más baja
pobreza mental.



Lo del fondo

En un rincón de la casa está lo que no queremos ver,
en la oscuridad de la noche el rincón no duerme,
nuestros ojos se cierran tranquilos porque no lo han visto.

En el silencio de todos viven los habitantes del rincón:
el hambre, la miseria, la injusticia...
Del rincón solo se habla para decir que no existe
solo existe para decir que nada se puede hacer.

Las palabras y no la comida,
llenan los oídos de los rinconeros
ellos que lo viven y no lo sueñan
ellos que no despiertan aliviados,
despiertan desesperados,
ellos que anhelan no despertar jamás.
Del otro lado de la pared
se crece prometiéndolo
se vive mintiendo
alguien sabe y puede
alguien esconde y se esconde.

Una ironía conveniente,
los dioses prometen un mundo mejor
por eso no debe importarnos lo material,
el pan, la ropa, el agua.

Ese mundo del más allá, tiene que ser hoy
esas lágrimas criminales, se tiene que secar
y esos criminales deben desaparecer
desmenuzándose en la faz de la tierra
pudriéndose y no elevándose.
Esos criminales no deben morir,
deben agonizar por siempre.



Brazos cruzados, mentes indolentes

Contra el viento, frente a tu cara inmutable
contra el viento, observando tus manos estáticas
contra el viento, asombran tus brazos atados
contra el viento, los cuerpos por el tuyo
contra el viento, ni la sangre te conmueve
contra el viento, ni las imágenes te convencen.

Desde tu sillón, la crítica es una ilusión
desde tu sillón, lo tibio de la televisión.





El abandono I

Ojos negros, manos sucias, pies descalzos
solo la noche abriga, solo las bocinas acompañan.

El desprecio es el otro abandono,
y antes.....
nada, solo los dejan.
Ojos negros, almas frías, ojos tristes.
Y antes.....
Nada, solo el capital.
Y antes.....

El abandono son muchos vacíos
palabras inconclusas,
frases incomprensibles.
.....
Ruegos sordos.
Presencias – del paisaje.
¿Y antes?
.....
Nosotros.



Caras I





«Empezamos a caminar y el recuerdo de lo que hemos dejado atrás nos deja atados al mismo sitio, una y otra vez, como en el más infernal de los tormentos»

(Tomás Eloy Martínez)



Asado con hueso (El efecto de los afectos)

Se paró frente a la parrilla. Era un domingo como los de antes, el sol buscaba su lugar en el centro del cielo. Él observaba el fogón y los alrededores del camping, algo desorientado y dubitativo, con una mirada que oscilaba entre nostalgia y desconcierto. Llegaron sin aviso a su cabeza las palabras de Marcos, cuando se encontraron en el centro y en la charla perdieron la noción del tiempo poniéndose al día con todo o con lo que se podía. Marcos le dijo: «*En esta vuelta el asadito lo hacés vos, ¿eh?*». Se rieron los dos y se despidieron. En ese momento era una frase común a la que no prestó mayor atención, no más de la que debía en cuanto a conseguirse los elementos, cuchillo, tabla para cortar y demás. Pero ahora, frente a frente con la parrilla y en soledad porque todavía no llegaban los amigos y las familias, la cosa cambiaba. La escena y las palabras en combinación le causaron un derrumbe de sus emociones, todas contenidas hasta ese momento, todos los recuerdos se hicieron presentes y se colaron entre la leña y el carbón. Por sobre todo, volvió un recuerdo más nítido que lo había acompañado los últimos siete años en el exilio. Ese recuerdo era exactamente igual al encuentro con Marcos de tres días atrás. Solo que no era Marcos, era Julián y había sucedido apenas unas horas antes de que lo mataran. Después de tomar un café en el bar de siempre y arreglar un encuentro para el domingo, Julián le dijo «*Bueno, pero esta vuelta el asadito lo hacés vos*». Salieron del bar se despidieron y cuando Julián dio vuelta la esquina lo estaban esperando, sorprendido como estaba se acercó con un gesto amable, que era característico en él, y quiso sacar los documentos. Pero no lo dejaron.

Esa vez asintió con la cabeza pero nunca pudo cumplir con lo del asado, porque nunca más vio a Julián y porque esa noche lo llamaron por teléfono y a la mañana siguiente iniciaba los preparativos para viajar a Europa, al tiempo que cambió de casa y fue a alojarse a lo de un pariente lejano.

Jamás hubiera creído que le costaría tanto tomar decisiones para hacer un asado, pero los años de ausencia borraron muchas cosas y

aunque los deseos se plantan en el alma, parece que el tiempo los convierte en una impronta y luego ya no sirven más que para recordarlos.

Buscó los fósforos en una caja, encendedor no tenía porque había dejado de fumar. Cuando su mujer le preguntó por qué, solo contestó que ya no le sentía sabor y el humo, en Francia, no queda sostenido en el aire; ninguna explicación con mucho sentido. Se había casado en Francia pero su mujer era una uruguaya que había conocido allá a través de un compañero de trabajo.

- «Oye tío, conozco una *argentinita* como tú para presentarte» - le dijo el gallego una tarde que lo encontró muy deprimido y, aunque no tenían demasiada relación, quizás se sintió identificado, ya que, por motivos muy diferentes, al gallego también de muy joven le había tocado dejar a la familia y a los amigos en su patria. Claro que la *argentinita* resultó ser de Colonia, pero esas no son diferencias que tengan alguna importancia en la distancia.

Hizo un montoncito con maderitas pequeñas y abolló una hoja de diario que puso debajo, tuvo que hacer dos intentos hasta que el fuego comenzó a crecer. El primer humo que se elevó le llegó a la nariz y, como un vaso de agua en un día de calor, refrescó toda su mente. Le fue agregando de a una la leña más grande y el rito tomaba el ritmo habitual. Se sentía ahora más seguro y se daba cuenta que llevaba desaparecido muchos años el asado en su vida. No es lo mismo carne asada que «*el asado*», ese que se acompaña alternando mate y vino, el que se hace despacito, en el que se van sumando de a poco los comensales que apuran la cocción con los ojos, mientras se charla y se hacen los clásicos chistes de rigor.

En eso llegaron Lorenzo y Javier, cada uno con una botella de tinto y chorizos. Los abrazos fueron tan eternos como necesitaban. Lorenzo se alejó para buscar hielo y Javier se quedó analizando el avance del asado y calculando en su mente lo que faltaba para comer, a la vez que no tardó en hacerle notar que ese día no solo Julián iba a faltar, tampoco estarían Cecilia, la novia de Lorenzo, y Melina, su gran amiga, que pronto se había hecho del grupo como una más.

Después volvieron a reunirse los tres alrededor del fuego.

- «Dale, metele el carbón, «*Pelado*», que se te consume el fuego» - Sabias palabras de asador con las manos en los bolsillos. Él se sonrió y

tomó la sugerencia. Sin abrir la bolsa de papel la puso sobre las llamas y enseguida pequeños papelitos incandescentes volaban por sobre las cabezas. Los tres echaron un suspiro apenas perceptible y coordinadamente se miraron a los ojos. Había de todo en esas caras, bronca, tristeza que se mezclaba con cierta alegría y que se desvanecía con una especie de vergüenza. ¿Pero de qué? ¿De estar vivos? ¿Qué más se le puede pedir a un puñado de ideales de veintiún años?

El carbón ya estaba ardiendo, la vista fija en el rojo vivo. Javier abrió sin preguntar una botella, sirvió los tres vasos y le dio un sorbo largo al suyo. El silencio se mantuvo hasta que llegaron en el auto de Alberto los hermanos Fernández y Miguelito. - ¡¿Qué hacen mangas de vagos?! Gritó Alberto apenas bajó del auto, con la misma cara y el mismo tono de voz pero con casi nada de pelo, era el mismo, hasta la ropa parecía la misma. Los Fernández callados como siempre pero de fierro; nunca dejaron de apoyar la lucha contra tanta injusticia, muy cautelosos eso sí, para algunos demasiado.

Se abrió otra botella y el vino corrió rápido, todos se arrimaban bancos y troncos para hacerse de un asiento. Miguelito, fiel a su costumbre, se preparó un mate.

- *Flor de reo sos vos*, lo pinchaba Lorenzo, *amargo como tu Racing*.

- *Callate, «Rojo», si ustedes hace años que no salen de perdedores.*

Las conversaciones de asado son así, son livianas, son relajadas, son conversaciones para pasar el rato y aprovechar otra cosa, ese «no sé qué» que buscan los argentinos.

Él se apartó un poco con la excusa de buscar algo para su quehacer. En eso vio que llegaba su mujer con sus dos hijos. El más grande caminaba de mal humor arrastrando los pies (no era de extrañar), pero el chiquitín corrió apenas divisó a su papá y en apurada carrera tropezó con una piedra y se revolcó por el suelo raspándose rodillas y cara; era una sola lágrima de tierra y sangre. Pero la caída no fue nada grave y solo provocó sonrisas entre los mayores. Pronto todos continuaron con los saludos y los abrazos.

No tardaron en llegar las demás mujeres, todos estaban casados y con hijos, salvo Miguelito, un solterón empedernido y convencido de su excelente condición.

Era un día precioso, los pibes de todas las edades pateaban, saltaban y gritaban. Los adultos, vueltos adolescentes tardíos, picaban queso, salamín y papitas, mientras mateaban o seguían con el tinto en la mano. A él le costaba distraerse y sumarse a la algarabía general, los sentía cerca de nuevo pero aunque ponían mucho empeño, no eran los mismos, solo trataban de construir la trama faltante, de armarse desde abajo como los buenos equipos, colocar las piezas de ese rompecabezas lineal, de rescatar a los adolescentes desaparecidos en el exilio. La verdad es que lo hacían bien, como se deben tratar esas cuestiones de la memoria y la reconstrucción, lo hacían desde lo cotidiano, desde las costumbres, las pérdidas en el extranjero o en el mismo país, que sin los amigos y la familia ya no eran costumbres, eran rutina.

Era la una y media cuando el asado estuvo listo, se prepararon las ensaladas y se puso la mesa (hubo que traer unos caballetes y un tablón porque no alcanzaba la que estaba.)

Ahí estaban casi todos comiendo y bebiendo, era también el momento de las anécdotas y las risas. Por un momento se olvidaron de quienes habían sido forzados a ser, tanto los que se quedaron como los que no, y, por un momento, fueron lo que debieron haber sido.

Dicen que las heridas que más duelen son las que no pueden verse. ¿Cómo se cura una herida que no se ve? ¿A dónde se le llevan flores a un desaparecido? ¿Cómo se curan las torturas del exilio? ¿En qué parte del cuerpo están las marcas?

El destierro desde la antigüedad es el castigo más cruel, porque no se acaba regresando, porque la identidad está partida al menos en dos partes.

En un rincón podía ver a su mujer, a la que le había quedado el apodo de «*argentinita*», y a la mujer de Lorenzo. Las dos tomadas de la mano, sentadas frente a frente, hablaban despacio pero muy enérgicamente. Era preciso también verse al espejo con el otro y comparar vivencias y darse cuenta de que todo ese tiempo, en un mundo paralelo, otra persona vivía lo mismo y entonces en ese único instante algo de esa soledad se encoge.

Después del asado, por supuesto, llegó el fútbol, el infaltable *picadito*. A pesar de los traguitos de más y la panza más que llena, todos los muchachos se fueron a la cancha. Con poco césped pero un campo

respetable, con buenos arcos y bastante parejo, como para jugar de seis y seis.

Él los miró a todos, uno que elongaba, otro al trotecito, alguno acudiendo todavía al ritual del vendaje y las pomadas. Pero la mayoría de esas escenas eran imágenes que habían quedado fotografiadas en la mente de cada uno, y cada uno trataba de duplicarla tal como en aquellos tiempos; hasta el «*Chino*» hizo la proeza de ponerse la misma camiseta que usaba cuando se juntaban para el *papi* de los sábados. Le quedaba apretada como si se hubiera puesto una manga; incluso tuvo la osadía de hacer lo mismo con el pantaloncito pero eso no solo era imposible, era un atentado a la estética.

A él le llamo la atención que guardara toda esa ropa, amén del espectáculo ridículo y gracioso, le pareció un desesperado intento por recuperar el tiempo o de pensar que no se había perdido y que se estaba allí, con veintipico de años, con aire en los pulmones, con sangre hirviendo en las venas y con el grito en la garganta siempre preparado, listo para vociferar lo que sea. Pero no eran los atletas de antes, si es que lo fueron alguna vez, ahora la panza que asomaba entre la remera que quedaba corta y el pantalón, formaba como un ojo, dándole cierto realismo la remera haciendo de párpado que sube y baja en cada movimiento. Quizás, en esencia, el fútbol y ellos eran todavía lo mismo, hasta armaron los mismos equipos, con las ausencias claro. Puestos que ya no se iban a ocupar, balones perdidos por el lateral donde corría Julián, la falta de marca del «*Flaco*» Ramírez y otros tantos que sacaron fuera de la cancha sin justicia ni razón. De alguna manera todos estaban ahí, sea de pie o sea en el alma de cada uno, sea porque todos tenía la sensación de que faltaba gente para completar los equipos y sin darse cuenta miraban al costado, miraban atrás buscando a quien no estaba. Como cuando en aquellos tiempos se hacía la hora y no completaban y puteaban contra los que no avisaban o los que llegaban tarde.

Ahora la sensación era la misma, porque en la mente de él y la de ellos, cuando tocaran la pelota y trataran de llevarla de un lado a otro pegada al pie o largándola un poco, estaría la idea de pasársela a ese entrañable compañero que no pudo llegar a este partido. Porque en el esquema de juego de los amigos, el *tres* es Marcelo y nadie más, el arquero es Alejandro, y si no están no se reemplazan y duelen como duele la

pierna amputada. Cualquier cosa que se ponga en su lugar será de palo o de titanio en el mejor de los casos; apenas un placebo. Es el efecto que provocan los afectos.

Mucho se podría decir de ese gran acontecimiento, de las palabras, de los cuerpos, ¿y las miradas? Las miradas, bueno, cuando estas eran para la cancha, el brillo era el mismo que hace años, pero cuando se iban detrás de la línea donde las mujeres charlaban y se adivinaba su conversación y los chicos corrían detrás de los árboles, los ojos se volvían sombras aguadas, nostálgicos, pero todos diferentes. Él un día cuando tenía unos doce años, le preguntó a su tío, quien sabe a título de qué:

- «Tío ¿por qué no todas las miradas son iguales?»

- «Porque no todos los ojos han visto lo mismo», le contestó. En ese momento, por la simpleza, sus palabras le parecieron pobres y vacías, pero hoy completaban la comprensión de la tarde.

Ahí estaban entonces, contra todo pronóstico, los equipos rearmados y listos para empezar el partido, cada uno en su posición, trotecitos cortos en el lugar, manos en la cintura, o atándose los cordones. Él los volvió a mirar a todos, uno por uno, se irguió y consiguió sonreír.

Desde el centro de la cancha alguien preguntó: *¿Listo? ¿Arrancamos?* Las cabezas asintieron y el botín golpeó la pelota dando el pase inicial.

*«A mis padres y a los que lucharon y luchan por causas justas»
Contra dedicatoria: «A los que no hicieron nada»*

Cortando por lo sano

La municipalidad abrió a las ocho, como todos los días. El personal de mastranza comenzó a sacudir el polvo de las alfombras y abrió las ventanas y puertas de entrada.

Doña Emilia barría enérgicamente algunas colillas de cigarrillo hacia la entrada, hasta llevarlas a la vereda y cuando salió, levantó la vista; haciendo una pausa respiró el fresco aire de la mañana que, aunque fría, permitía disfrutar un tenue rayo de sol que se colaba por las ramas de los árboles. Apoyada en el palo de escoba se entretuvo con el pasar de los primeros autos y, mientras seguía a uno que le pareció conocido, vio a un hombre algo más alejado, con una gran escoba barriendo la cuneta y la vereda de la municipalidad. Afinó la vista porque en principio solo divisaba su silueta. Se quedó un momento observando hasta que la salida del sol le permitió ver más. Tenía un gorro de visera, unos borceguíes bien atados, un pullover de lana tejido a mano, aparentemente, y una campera.

Doña Emilia no creyó conocer a aquel hombre y su espíritu investigador (chusma le dicen algunos) la inquietó un poco y fue a buscar a Juan Carlos, el portero.

Juan Carlos fue sorprendido en plena tarea de mate y se sintió molesto por el pedido de Doña Emilia de salir a ver si conocía a esa persona.

– Pero, Ñá Milia, debe ser de la muni, si acá todos los días llega el pariente acomodado de alguien para hacerse unos pesos.

– A mí no me parece, mire que yo siempre me fijo en todo y hasta ayer no estaba nada.

Cuando llegaron a la puerta, el hombre juntaba lo que había barrido en una bolsa y seguía con su labor un poco más cerca.

– La verdad que no, no lo conozco.

– Ve, ve... ¿qué le dije? Hay que avisar...

– ¿Y por qué avisar?

— *Y mire usted, quién sabe puede ser este señor... Vaya y cuénteles por lo menos a Ricardo, que conoce a los del piso de arriba, esos que se encargan del papeleo de la gente que entra.*

De bastante mala gana, Juan Carlos fue a hablar. Ricardo se asomó por la ventana y contestó:

— *No lo conozco, ahora bajo y veo de qué se trata.*

Sin demasiado apuro, bajaron los dos y se le acercaron distraídamente. Ricardo lo encaró.

— *Buenas Don ¿cómo va?*

— *Bien gracias, aquí limpiando un poco, la gente tira mucho desperdicio hoy en día, ¿vio?*

— *Sí, así es, dígame... ¿usted trabaja en la municipalidad?*

— *Noo... que va.*

— *¿Y por qué está barriendo? ¿es de por acá?*

— *Nooo, que va. Que mañana linda ¿no? fresca y buena para el ejercicio.*

— *Ahaa.*

Ricardo, medio confundido, fue con el encargado del Personal, no sin antes ser asaltado a preguntas por Doña Emilia que vigilaba desde adentro.

Cerca de las nueve bajaron, después de su café, dos muchachos mandados por el Encargado de Personal a indagar sobre el tema, y vieron al señor tal como les habían contado, con gorra y borceguíes, y de unos sesenta años, pero ya no barría, si no que con una tijera podaba los árboles más bajos.

— *¿Qué hace?*

— *Podando estos arbolitos, hace tiempo que nadie les corta un gajo, se van a morir.*

— *Sí, pero mire... Usted no puede estar acá.*

— *¿Y por qué no?*

— *Porque no trabaja en la municipalidad,* contestó el otro con aire de sobrador, *y estos árboles son de acá.*

— *¿Y entonces?*

— *Entonces se va a tener que ir.*
— *No, ¿cómo se le ocurre? Si todavía no terminé...*
— *Es que nadie le va a pagar nada, vea.*
— *Pero, ¿quién está pidiendo que le paguen, oiga? Fíjese como los han dejado estar a estos pobres...*

Contrariados, los dos se fueron y le comentaron el tema a un concejal aburrido que andaba por ahí. Salieron los tres después de un rato. El concejal volvió a interrogar:

— *¿Por qué está podando?*
— *Es que están muy feos los arbolitos.*
— *Sí, pero se va a tener que ir porque nosotros tenemos gente para eso.*
— *Sí, cuando termine.*
— *No, ahora mismo se va o llamo a Seguridad.*
— *Pero dígame ¿qué pasa? ¿le parece que estoy haciendo mal el trabajo? ¿No está conforme con la podada?*
— *A mí lo de la poda me da igual, pero acá no le vamos a dar trabajo, así que ya mismo se va de acá.*
— *Yo no lo molesto, creo, ni le estoy pidiendo trabajo, ni siquiera voy a venir mañana porque ya termino. Este me está dando trabajo, parece...*

Sin ánimos de discusión y con pocas cosas por hacer, llama al único de Seguridad que había. Una importante cantidad de gente comenzaba a juntarse mirando al hombre podar y barrer, mientras silbaba. Se escuchaban comentarios diversos: «*la verdad que le están quedando bien*», «*¿quién es este?*», «*me parece que es amigo de doña Emilia*», «*¿y lo están echando?*», «*hacen bien porque nunca lo vi laburando*», «*no, si no labura acá...*», «*¿y de dónde es?*».

Entre la gente se hizo paso la panza del de Seguridad, agarrándose el cinto.

— *Bueno, amigo, vaya para la casa nomás.*
— *Sí, cuando termine.*
— *No, Don, se tiene que ir ahora... no lo quieren acá.*
— *No va poder ser, me falta todavía. Aquel es un ciruelo de jardín... a ese, con un par de cortes, lo dejo hermoso.*

No convencido de su trabajo y poco insistente, el de Seguridad le comentó al concejal:

– *Y no se quiere ir... ¿qué quiere que haga?*

En eso, el intendente se asoma escuchando la muchedumbre y preocupado, pensando que es una manifestación:

– *¿Qué pasa ahí abajo?* – le pregunta a su Secretaria – *¿no me diga que son los del gremio ese otra vez?*

– *No creo, señor, ¿bajo a ver?*

– *Claro, urgente.*

No se hace esperar y vuelve con noticias.

– *Parece que es un señor que no es de acá y está cortando los árboles y no se quiere ir; está Argüello, el Concejal, con su asesor y el asesor de este, que no sabe bien qué hacer porque no vino su secretario, y dice si puede ir a solucionarlo, porque es mucha la gente que se junta y empieza a hacer comentarios...*

– *Andá, se escucha de atrás, al Secretario de Gobierno, se está armando quilombo y justo hoy necesitamos la «cancha» tranquila para cerrar lo que hablamos ayer... acordate que la gente cae ahora a las diez.*

– *Tenés razón, me voy a hacer cargo. Ninguno de estos va a venir a joder en «mi municipio»... Y después que no me digan que no doy la cara...*

Baja las escaleras y, haciéndose notar, se encuentra con la gente que lo mira asombrada y lo va dejando pasar, dibujando un camino hasta el señor que terminaba de rastrillar y empezaba la poda de otro árbol.

– *Acá no se puede quedar, se va ahora mismo y deja todo lo que está haciendo... Nadie lo autorizó.*

– *Buenas ¿cómo le va? Ya les dije a los otros señores que todavía no termino, pero me quedará una media hora nomás.*

– *No, no entiende. Nadie le va a pagar... cree que es cuestión de venir acá y pedir trabajo nada más.*

– *Yo no le estoy pidiendo nada, repitió por enésima vez el hombre, pero sin perder la paciencia. ¿Vio como floreció la retama?*

– *Bueno, no me interesa, ahora lo voy a hacer echar, ¿Cómo se atreve a no respetar mi autoridad? ¡Acá se hace lo que yo digo!*

Del celular, en un segundo, llama a la Policía que no tarda en venir.
El patrullero llega acelerando y bajan tres oficiales corriendo con las cachiporras en la mano y uno, por las dudas, manotea el arma, sacándole el seguro.

– *Este es ¡Llévenselo! Está provocando disturbios en las instalaciones y se niega a retirarse.*

Uno de los policías se acerca y lo intima a irse.

– *¡Vamos, deje eso!*

– *Recién empiezo, pero si espera un rato ya me voy porque me está dando hambre... En el bolso traigo una vianda, siempre me la como en la plaza...*

– *No, viejo, nos vamos ahora, te subís por las buenas al coche o por las malas.*

– *¿Por qué?*

– *Porque no se puede estar provocando estos desmanes en la vía pública.*

El hombre se incorporó sorprendido y recién en ese momento observó la cantidad de gente que había alrededor. Todos murmuraban, algunas señoras contribuyentes, enojadas comentaban:

– *Es increíble como puede ser que pasen estas cosas... Uno que quiere cumplir con sus obligaciones y esta gente que revoluciona a todo el mundo... Pero mire como enfrentó al Intendente...*

Un señor de más lejos con el número del turno en la mano hablaba solo:

– *Esto de andar desobedeciendo a la autoridad policial antes no pasaba; y varios se daban la lengua, agradeciendo de algún modo tener algo que hacer, y todos intentando ser un poco protagonistas.*

– *Yo lo vi de cerca y me pareció que estaba borracho.*

– *A mí no me dejó pasar.*

– *Y a mí, que vine antes que nadie, me habló.*

El hombre no alcanzaba a escuchar estas palabras ya que los que hablaban estaban más lejos y escondidos detrás de alguna palma, un árbol o la espalda de alguien, los más indignados, claro.

Los que estaban cerca lo miraban y, si la policía o el intendente los

miraba, hacían gestos de aprobación e impaciencia. De todas formas, el hombre se volvió a la tijera, la miró, se agachó abrió su bolso y sacó un pomito de aceite, le puso unas gotas entre las hojas y la tuerca.

– *Se me estaba endureciendo un poco... ahí va mejor.*

– *¿No entendió?, otro policía lo increpó, se las tiene que tomar; vamos, dije.*

– *Sí, si entendí, pero pensé que como ya había barrido y creo que quedó bien, podía darle otra cara al frente cortando algunas ramitas, ¿no le gusta como está quedando?*

– *¡Pero, basta de tanta charla, carajo! ¡Vamos al móvil, he dicho!*

Uno de los policías le agarra el brazo, se lo tuerce detrás de la espalda y lo va empujando junto con el otro oficial, mientras el último los escolta, cachiporra en mano. Dirigiéndose al intendente, – *No se preocupe, ya estamos acostumbrados a revoltosos como este... Le vamos a enfriar los ánimos en la seccional.*

– *Así me gusta... Hay que mantener el orden para tranquilidad de toda la ciudad.*

El hombre mira por última vez sus cosas tiradas, la tijera recién aceitada, el bolso y pregunta: – *¿Por qué?*

Sin tener respuesta, una mano pesada le cae en la cabeza mientras la otra abre la puerta y de un empujón violento lo mete al patrullero golpeándole la rodilla con el parante.

– *Te creías que nos ibas a poder ¿eh?, Viejo de mierda...*

El auto se pone en marcha y el hombre no escucha nada. La gente está allí, sigue comentando, algunos ya se van, el Intendente se hincha victorioso, el Concejal y los de Personal lo miran esperando una felicitación, los asesores anotan y el Secretario de los asesores, recién llegado, pide un informe detallado a su secretaria.

Pero el hombre no los ve, solo repasa con la vista la vereda y cree descubrir unos papeles que no juntó. Después mira los árboles, sonrío ante los primeros, después ve los del final y comenta:

– *Queda fulero, se ve que están desparejos... Les falta una buena terminación.*

La posta

Lucas Burgos permanece sentado en un rincón, al final del recinto. En una mesa chica con un llamativo mantel colorido, mira el fondo de la taza vacía y, por momentos, le dirige una aburrida mirada al resto de las pocas personas que allí se encuentran. Se para repentinamente, pasa la tarjeta por la máquina y gruñe como si esta pudiera entenderlo. Alcanza la calle mucho antes de que él mismo se pueda dar cuenta y empieza a caminar por la cinta canturreando alguna canción desconocida u olvidada quizás.

La vida de Lucas quedó atrás. Ahora solo tiene enfrente un camino largo y sin sobresaltos. Él proviene de una época pasada ya extinta, solo subsiste de todo aquello el tatuaje sobre la piel ajada del pecho y una foto de un perdido grupo de rock en la billetera.

Camina unos pasos y se cruza con un viejo vendiendo relojes antiguos, que tiene su piel blanca por la falta de sol y aire puro, lo que profundiza su aspecto poco saludable. El viejo deambula todos los días por la calle evitando el fugaz paso de los nuevos autos, más livianos, más pequeños, más rápidos. Deambula con la esperanza de vender lo que hace tiempo ha dejado de tener uso. Lucas pasó de largo, el viejo quedó parado y levantó la vista hacia uno de los rascacielos bañado en cristal. Todo a su alrededor es estéril y está vacío. Quedó con el mentón en alto, probó a evocar algún recuerdo y los ojos se le nublaron. Los amigos del bar se debaten entre vida y eternidad en uno de los pocos asilos que guardan ancianos. Otros ya no existen por el simple hecho de la muerte. Tampoco el bar, ni el fútbol dominguero forman parte de su existencia.

Ahí, justito donde estaba el boliche, crece una imponente cabina donde la gente va a buscar las indicaciones para su próxima tarea con la cual puede acceder a un tramo más de vida. En lugar del fútbol, veintidós modelos pasean un balón, luciendo sus camisetas llenas de propagandas, los equipos tienen dueños y el espectáculo está reservado para los ricos que pueden comprar.

Bajó la cabeza, se dejó llevar por la cinta; al bajar, una señora lo ayudó a cruzar la calle repleta de esos objetos zumbantes. Ella es Leticia, de unos cuarenta años, que disfraza su edad con unas cirugías baratas. Depositó al anciano en un banco de metal y siguió su carrera matutina. Su esposo, un desempleado de las viejas fábricas, la espera vegetando en su casa mientras ella recorre la ciudad cumpliendo con el mandato del día, lleva lo ganado por la tarde y se las arregla para mantener alto el espíritu hasta llegada la noche.

Sin detenerse, Leticia repasa en segundos los días en que ella iba a la escuela y soñaba con que algún día sus hijos también lo harían, pero lentamente esas ilusiones fueron apagadas. La escuela es otro de los tantos edificios demolidos y cambiados por un sinfín de locuras abstractas incomprensibles y exclusivas de las elites.

«Lo que nos dejó la revolución, que nunca ocurrió, lo que nos produjo gradualmente, esta vorágine de luces, colores, que alimentamos con la desidia. Lo fácil que se los hicimos. Así obtuvimos alta tecnología por máxima pobreza; las virtudes del poder de consumo...» (Leticia reflexiona en silencio). Sin querer, deja de caminar y un tumulto de gente la arrastra hacia la cinta; mira a un mendigo recostado sobre la pared pero pasa frente a él como si no existiera. El mendigo logra despegar los párpados y observa a un grupo de gente que se aleja. Detrás de él, una mujer mal arreglada intenta alcanzarlos. El pordiosero saca de su bolsillo una moneda y la mira con nostalgia. Mauricio había sido maestro y esa moneda era el signo de su destino; cuando quedó sin trabajo y se vio arrojado a la calle, una persona le dio aquella moneda que en ese momento dejaba de tener valor. *«La guardo»*, se dijo aquella vez, *«para recordar mi destino cuando todo mejore»*, pero eso nunca ocurrió. Sirve entonces solo para recordar su magra suerte. Sin pensar, arroja la moneda al otro lado de la cinta que choca contra el vidrio de un local de comidas rápidas. El hombre que está sentado al lado de la ventana es inspector de bienes y escucha el sonido que, apenas, le produce un gesto de asombro controlado. A sus cuarenta años tiene que sentirse afortunado por su trabajo y sus hijos que, frente a él, toman una bebida de color oscuro y comen papas fritas. Sí, debe sentirse afortunado en su única semana anual de vacaciones que es necesario aprovechar al máximo, yendo a buscar a los chicos al internado, temprano a la mañana y pasar esos días juntos.

El inspector de bienes ve la moneda en el suelo los diez segundos que dura ahí antes de que el robot de la limpieza la aspire. Recuerda a su padre, recuerda las monedas de vuelto que le daba cuando era un niño y recuerda sus palabras como un eco. Recién ahora, y solo por un instante, cobran sentido pero sin que pueda hilarlas de verdad.

«*Alienados, vacíos, desesperanzados, enfermos del futuro*». Murió el mismo día en que decretaron el fin de las votaciones democráticas en casi todos los países, una medida sincronizada en forma global, el quince de junio de 2040, hace ya nueve años.

El mozo interrumpe los escasos e intermitentes pensamientos y exige el pago de la cuenta acercando el cobrador magnético. Se va sin saludar hasta el mostrador y rinde la recaudación del día. Ha terminado su turno, se cambia y sale a la calle, monta una destartada moto eléctrica y sin escalas llega hasta su casa. Es otro de los tantos departamentos de la ciudad de dos ambientes y un pequeño baño; el hacinamiento ha llegado a números alarmantes, pero ningún político se encarga del tema, solo calcula las adulaciones necesarias para que el dedo que allí los colocó los mantenga por un año más al menos.

Roberto, el mozo, vive en ese departamento con su mujer y sus dos hijas pero casi nunca se encuentran todos juntos. Saca comida liofilizada, la hidrata y prende la televisión. Sube muy alto el volumen, para apagar los ruidos de la calle y del resto de los departamentos. Es uno de esos programas donde los famosos trabajan de famosos. No es que estén allí por alguna virtud o habilidad, nada de eso, solo aparecen un día y a la noche son desconocidos de nuevo y además desempleados como el sesenta por ciento de la población. No hay mucho más para elegir, después un supuesto programa de noticias, muy clasificadas, tres programas que hablan de otros programas, uno de fenómenos y mutantes modernos y uno de películas pero solo desde la década de 2030 hacia adelante, el resto de los films han sido censurados, casi en su totalidad.

Roberto pone dos o tres canales a la vez en la pantalla y come, sin pensar demasiado.

Desde la puerta, suena fuerte el timbre justo cuando se está por dormir, abre y Malva le extiende la mano con una revista que le había prestado días atrás, una de las pocas permitidas. No se miran y ella se va por las escaleras hasta su piso. En su departamento, Malva escucha a su



bebé de nueve meses que despierta, sus ojos se abren ilusionados como quien recién comienza un nuevo sueño. Malva contrastó sin querer, el vacío de Roberto con el cristal de su hijo.

Espía la calle por la pequeña ventana. El movimiento es continuo, el ruido ensordecedor a pesar del silencio de los autos eléctricos. El orden es perfecto, nadie se choca en las cintas transportadoras, todos van en su propio sentido, nadie se mira tampoco, ni es necesario preguntar nada: los carteles luminosos lo indican todo, nadie discute nada. Todo es fluir, avanzar hacia el progreso, como si fuera realmente una meta, una línea de llegada, un oasis de descanso.

Parece un día como cualquier otro, un hastío como cualquier otro, más bien es un día como cualquier otro, y como mañana y como dentro de un mes o un año. Es esa ambigua seguridad en la que nada va a cambiar. Eso es lo que no soporta, eso es lo que ya no quiere.

Malva prepara la mamadera y toma a su bebé en brazos, se sienta en el sillón y le da la leche. Aunque podría tomar él mismo el biberón, la madre no lo suelta, mientras se rozan los dedos. Ese es el instante donde se comunican, son ellos dos, no existe otra cosa. Malva se pierde en lo profundo y transparente de los ojos del niño; descubre una leve sonrisa. Malva comprende.

Entonces, termina de alimentarlo, lo abriga, junta algunas cosas y se va sin saber adónde. Camina media hora, toma el tren, baja en una estación muy al sur de su barrio, se pierde por un momento y eso la hace sentir mejor. Revuelve su cartera, busca la tarjeta, le quedan ciento veinte créditos. Suficiente. Alquila un auto, acomoda al niño en el único asiento trasero mientras lo mira a los ojos para darse fuerzas. Él le sonríe y espía a través de los ojos de su madre. La batería del auto tiene carga para mil kilómetros. Hace contacto y toma la autopista, maneja casi doce horas, comen y duermen en una antigua estación de servicio abandonada. Al día siguiente, maneja diez horas más y, muy lejos de la ciudad, se mete en un camino secundario que la lleva al poco campo que queda sin urbanizar. A unos kilómetros, apartada del camino, encuentra una casa con parte del techo roto que también está abandonada. Es primavera y el tibio sol, ajeno de smog, le permite descansar casi a la intemperie. Pasaron ese día y la subsiguiente noche.



Al amanecer se dispone a arreglar la casa, sin preguntarse nada, sin reflexiones y con poca comida. Durante una semana se aboca a la tarea de las reparaciones para hacer habitable su nuevo hogar, segura de que no le reclamarán la vivienda, ya que nadie se atrevería a vivir fuera de la ciudad, solo los marginados, los escasos jornaleros y algún loco o muy cuerdo.

Una noche saca todo lo útil del auto y lo prende fuego. Es todo lo que puede hacer, además de asegurarse el agua de un arroyo, algunas verduras y frutas, así como algunos animales que años después logra criar, ya que al principio los conseguía a través de sus invenciones de trampas para aves y liebres.

A veinte años de aquel primer día de miradas que pudieron encontrarse, Jeremías se arrodilla frente a la tumba de su madre, que tiene una rústica inscripción «*Malva Sargos*». Jeremías en su mano aprieta un trozo de madera cilíndrico envuelto por un papel con palabras de ella. Dos días antes de su muerte lo recibió de sus manos temblorosas. «*No lo abras todavía*» le dijo. Pero él adivinó el mensaje.

A la tarde Jeremías espía en soledad por una gran ventana de la casa; respira un silencio lleno de paz y espera continuar cambiando las cosas.





Aristas II







Él

Él era un poco de ropa sucia
un silencio innecesario
y veinte cigarrillos arrugados.

Era un paquete de galletitas rotas
un auto que quemaba mal
y tres boletas vencidas.

Él caminaba rápido
para no llegar a ningún lado
y descansaba cada ocho kilómetros.

Era un vaso medio vacío
un botella volcada
y tres floreros con flores marchitas.

Él era esas cuarenta y cinco cosas
y sin embargo continuaba
obligado por una inercia indispensable.



¿Y después?

Hice acallar todas las voces.
Hoy mi casa está vacía y silenciosa.

Hice que los perros dejaran de ladrar,
atándolos, les prohibí escapar.

Hice que los caballos no relinchen,
en su corral logré que no trotaran.

Hice que los pájaros no canten,
y en su jaula les prohibí volar.

Hice encadenar las puertas,
y evité la libertad.

Hice acallar todas mis voces,
y hoy el vacío es una herida fresca.





Ni trizas

Hay cosas que se rompen y se rompen para siempre,
pero otras solo comienzan a romperse y permanecen así.
Grietas y astillas, siempre presentes
astillas que lastiman, grietas que recuerdan.
Hay cosas que deberían romperse
para poder canjearlas, para seguir.
A veces permanecer puede doler más que perecer.



Cuando el río llega al mar

El almar, donde se revuelven las vidas en un caldero gigante
y se cuecen lento y devuelve cenizas
vencidas.

Yo sé de las hachas contras los árboles,
de los aviones contra las aves,
de las olas contra las piedras,
sé de la ruina de la gente contra los sueños ausentes,
de la miseria humana con su ignorancia, su pobreza,
sé de su derrota ante el universo, el tiempo, la muerte.
Sé que no saben que comparten el destino.

Este es mi estuario de hoy
y es aquí, en el almar,
donde logro volver, de a ratos,
a la segunda realidad.



Caras II





«Filosofar es aprender a morir»
(Michel Eyquem de Montaigne)



Ocho años

Caminé divagando en mi lunes cualquiera, caminé descuidado y caminé, ahora pienso, caminé errado. A mis cuarenta y tantos años trataba de disfrutar un feriado más o uno menos, ahora no lo sé. La ciudad se disfrazaba de asueto y daba la impresión de que todo giraba en torno a uno.

(Días cualesquiera eran los días de aquel día, que sirven para entender que todo en la vida se mueve entre dos polos opuestos y lo que está en el medio es solo pasar cosas por alto sin darnos cuenta de nada. Y en ese pasar por alto, algo puede ocurrir y se convierte en un inicio o en un final, desestimando todo lo demás. Lo dramático y cruel es que no es sencillo poder diferenciar el lugar de los polos opuestos ni el justo medio que dejamos a la deriva.)

Caminé por la plaza, cigarrillo en mano, y me alejé sin darme cuenta de los negocios y las vidrieras. Llegué muy cerca de la estación de trenes, podía escucharlos pasar y sentía las vibraciones bajo mis pies. Me dispuse a volver, no tengo mucha claridad sobre lo que pasó después, solo sé que la ruta a lo ancho fue más de lo que pensé y un sorpresivo camión se llevó mi cuerpo. De pronto se me apagó la luz. Un gran espacio quedó sin iluminar y no supe donde estaba o si estaba en algún lugar. Pero, por supuesto, deduje luego que estaba en un hospital internado, en un estado de coma que dicen ahora es irreversible, donde aún, en este preciso momento, permanezco, donde continúo vegetando.

La luz se apagó ese día en un difuso para siempre, pero no todos mis sentidos se durmieron, no el oído, no los sonidos. Escucho a la gente que me habla, lo que conversan los médicos, puertas, carros y gritos. A veces, una ventana abierta me da la grata satisfacción de una brisa y algún olor, pero solo a veces.

Todo se ha vuelto extraño y ya no duermo, o al menos no como antes. Estoy, creo yo, en un permanente sueño y vigilia a la vez. Es como estar parado en el medio de un puente y ver ambos lados pero no llegar a ninguno. Los pensamientos se aúnan con el ambiente y suelo confundir personas, cosas y a mí mismo.

Los recuerdos se me hacen borrosos. Trato de reconstruirlos como cuando uno se despierta e intenta recordar un sueño y esas imágenes se van diluyendo con el transcurso del día o, en el mejor de los casos, se transforman y mezclan con la propia realidad, con otros sueños y hasta acomodamos las cosas según nos hubiera gustado que sean. Es un intento desesperado de atrapar moscas, que vuelan hacia todos lados, para meterlas en un frasco.

Me voy convirtiendo en una sola y única acción. Voy perdiendo mi identidad y mi cuerpo. Voy transformándome solo en un fluir, en una esencia con pensamiento errante e inquieto.

Con frecuencia me asusto y reacciono con temor a perder la razón por completo, con temor a morir. También me cuestiono si no estoy muerto ya, ¿cómo saberlo? El regreso a lo tangible lo logro eficazmente gracias a alguno que me roza la mano, y si bien no logro sentirlo físicamente, sé que está allí, después me habla, como se le habla a un bebé, sin esperar respuesta, solo intuyéndola, imaginándola. En ese momento vuelvo casi por completo. Al principio me esforzaba por moverme, por hablar, me desesperaba. Es la sensación de estar atado dentro de un espacio muy reducido y no poder salir, o la impotencia de no poder intervenir en la trama de una película. Con el pasar de los eventos fui perdiendo la voluntad, o me fui acostumbrando, y empecé a disfrutar de esas charlas unidireccionadas. Trato de recordar las palabras que me dedican, los alientos y arengas de familiares, pero dura muy poco ese pensamiento. Quizás porque el cerebro elige lo que es más esencial en este estado, quizás por el efecto que me producen los «apagones completos»; son una especie de «estar durmiendo» muy profundo sin soñar, no es posible soñar en el medio del puente, ahora lo sé; como no es posible estar presente en la vigilia. No logro darme cuenta de si esas ausencias son segundos o días, pero me asfixian la mayoría de las veces. Otras me devuelven el aliento, pero supongo que me borran las palabras que quiero recordar.

Ahora hay mucho ruido a mi alrededor. Está mi hermano creo y mi mujer, escucho sus voces, ¡ah!, también están los médicos, me parece que son dos. Antes solía venir una mujer para hacerme los análisis de siempre. ¿Qué dicen? Me están tocando, siento frío, no sé donde pero es muy extraña esta sensación de tener frío. Parece que me movieron un

pie o lo pincharon. Están eufóricos, «se movió» dijo mi mujer. La siento feliz ¿me moví? Claro, los médicos no pueden ser optimistas; escucho que uno le dice que no hay que hacerse ilusiones, que es común, que mi caso es grave y que luego de tantos meses no se puede esperar mucho, o algo así. ¿Meses dijo? ¿«Tantos»?

No recordaba lo que era estar tan lúcido como ahora, no sé qué me pasa. Me empiezo a sentir cansado de todas maneras, siento que viene uno de esos apagones, yo creo que sí, pienso, no sé si lo hago, ¿escucho a mi mujer? ¿Llora? El apagón, sí, es una pausa lánguida y oscura, es algo. ¿Qué silencio!...

De vuelta aquí, en el puente. Sé que algo pasó antes del sueño profundo. No soy capaz, ni remotamente, de reconstruir las palabras que escuché por última vez. Es sumamente frustrante porque si no recordara nada, no sentiría impotencia, en cambio sé que algo ocurrió, sé que estuvo mi mujer, médicos y mi hermano, pero nada más, todo silencio sin palabras. Otra vez estoy en medio del puente. Entonces comienzo a dudar de todo. ¿Pasó de verdad? ¿Existió? ¿Existo? ¿Estar en coma es existir? Me diluyo, como siempre fluyo. Qué palabra acuosa y gaseosa, demasiado para una persona.

Ocurrió una vez, que hubo una conversación y fue la única de la que recuerdo algo. Se trataba de si me desconectaban o no y algo del grado de coma mío. La verdad no sé si sigo conectado o sobrevivo por mis propios medios. Para mí no hay diferencia.

Siempre escuché decir a los médicos, y a la gente en general, que alguien en coma no responde a estímulos y está en una inconsciencia total. ¿Cómo creen saber eso? ¿Por qué suponen que todos somos iguales? O más bien ¿el cerebro está tan bien estudiado que se puede detectar toda la actividad que produce? Yo creo que algo se les escapa.

Es otro día más, supongo. El velo se corre por momentos y alcanzo a divisar cierta claridad y también el aire de la ventana abierta. Escucho el aseo de la habitación. Hoy es un gran día, me siento bien, con extraña paciencia. La perspectiva cambia todas las cosas, además de perder la noción del tiempo, aquí un suspiro vale más que cualquier cosa y el sentir algo lo supera.

Mi mente está vacía como siempre. La hora anterior no existe, el día anterior tampoco, el recuerdo es vago, muy errático, salvajemente cruel,



porque se asoma y se esconde de repente y quedo perplejo, quedo impotente sabiendo que no siempre estuve aquí.

Acabo de volver de uno de los apagones. Tengo la sensación de que fue muy largo, un letargo, una suerte de hibernar a lo oso. Hay gente a mi alrededor, hay ruido que no logro diferenciar, no puedo despejar mi mente, no logro enfocar un pensamiento coherente. ¡Siento un gran dolor! ¡Es mi pie! Alguien grita, grita mucho y yo siento un leve ahogo e intento hablar. No sé qué hago. De a poco se va colando una pequeña luz y comienzo a ver. Todo es borroso, son siluetas, sombras y ahora una luz que molesta directo a mi ojo. Empiezo a recordar algo. ¡Ah sí! Ese día era lunes a la mañana. Un lunes cualquiera.



Invisible

«Memento mori»

Era fuerte como un toro, pero aquella mañana al finalizar un monólogo de ronda de mate, comenzó a sentir la opresión.

Mientras el viento soplaba con fuerza e intentaba colarse en la casa a través de las hendidjas y los perros se acurrucaban en un rincón, él, sentado frente a la mesa con una mano apoyada en ella y otra en la piedad, trató de comprender lo que ocurría. Primero intentó escuchar, pero el viento provocaba un extraño efecto, unificando todo sonido y dando la sensación de un gran silencio. Después miró alrededor en el vacío de los muebles, en la alacena de unas cuantas latas y la biblioteca atiborrada de libros. Tampoco allí había indicio de nada.

No atinó a pararse pero buscó, con resignación, la causa de su tristeza profunda. No la encontró. El torso parecía encogerse y aprisionarle el corazón, la angustia se intensificó, lo paralizó y solo sus pensamientos quedaron deambulando unos segundos. Después el silencio fue real, el viento se detuvo, el corazón también, sin ninguna falla, solo se detuvo. El cuerpo se fue acomodando sobre la mesa, los brazos laxos sin ocupación, los párpados se cerraron lentamente y una lágrima se condensó a la altura de la nariz.

Su cabeza quedó apoyada del lado derecho con la cara hacia la ventana. Lo que quedó después fue tiempo sin explicaciones.

*Aquel día la muerte madrugó
sus pies descalzos y silenciosos atravesaron el umbral.
La fría palma de su mano borró para siempre
el último rastro de calor de sus mejillas.*





Aristas III







Liberar, para encontrar

Suelta el alma por la boca,
suelta el silencio
encerrado en los milenios.
Monta una ola salvaje,
monta la cresta del mar.
No te dejes atrapar por la bruma,
que hasta los duendes mueren,
que hasta los ángeles caen a tierra.
Vuela sin temor,
no culpes a las nubes de tu temblor,
vuela sin pretensión,
como si la lluvia mojara el alba,
como si el viento llevara la ilusión
y tus oídos escucharan al sol.
No te ocultes tras el horizonte,
ni seas de la línea un punto,
no te pongas en el poniente
ni salgas al amanecer. Absorbe la brisa,
y no duermas en tu cuerpo,
dale vida a los sueños.
Ya no te creas muerto.



Continuidad de espíritu y secuencia de genes

Cuando se mezclan las esencias
y queda en el aire una amalgama de sabores
que apenas podemos percibir,
como a tientas en la oscuridad;
distraemos nuestro humano,
para verter por unos segundos en el ambiente
nuestra energía interior,
y darnos cuenta que somos pura eternidad.





Para empezar

¿Cómo empezar de nuevo?
con el corazón de un toro
el alma de un caballo
el empuje de un buey
la inteligencia de un pulpo
la obstinación de un burro
la paz de una ballena.

¿Cómo empezar de nuevo?
invocando al más primitivo
instinto animal,
la supervivencia.





Comprensión

Impulsos del cosmos se transcriben en sus pupilas.
Arte de eternidad, cuerpo y libertad.
Es un conjunto de comienzos, puertas del universo,
pulsaciones de vida, extractos de inmensidad.
Tan transparente su mirada
tan cargada de vitalidad.
Descubre él, pero más comprendo yo.
Conoce él, pero más aprendo yo.
Es una forma de aquello sin condiciones,
es una forma de aquello sin leyes
es una forma de aquello sin dudas.
La existencia se explica en él,
la existencia es un impulso.





Caras III





La vereda

La vereda era angosta y antigua. Las lajas agrietadas reflejaban el transcurrir de los años y los millones de pies que la habían frecuentado. Algunos faltantes desnudaban un cemento que se disgregaba en pequeños granos y en polvo. Las irregularidades se repetían casi sistemáticamente en la superficie.

Yo caminaba sin apuro y sin un rumbo definido, mirando a veces la vereda, a veces mis pies, de zapatos pesados que se adelantaban uno al otro incesantemente. Nada sabía del tránsito de aquella calle despoblada o de las paredes sin puertas y escasas ventanas que se alzaban a mi izquierda. Quizás un roce con la punta de los dedos, como tomando distancia para no chocar, delataba las malas construcciones o el poco mantenimiento de los marcos y persianas caídas.

El ruido no alteraba mi ruta. Seguía a paso continuo mi andar, atento a no tropezar, con la vista puesta en cada desnivel, cada raíz que invadía la vereda y se colaba por las grietas.



A estas alturas mi marcha recta se tornaba monótona y rutinaria aún cuando salvaba los obstáculos que ya describí, además de alguna laja montada sobre otra, quizás un arreglo a medias.

Una suerte de orejeras como la de los caballos cubría mis flancos sin detectar más que mis pies y el piso con sus detalles. Caminaba como por un pasillo, seguro y hacia ninguna parte, pero avanzaba. Probablemente a la espera de una esquina o una alteración imprevista que me sacara de aquel camino y porque no, la desembocadura en una gran avenida llena de autos que vienen y van, con el sabor del riesgo circulando por las venas por el solo hecho de pensar en cruzar y encontrar del otro lado quién sabe qué cosa.

¿Pensar? ¿En qué estaba pensando? Los desniveles, las raíces y mis zapatos pesados que ya deben ser sustituidos.

Entonces se hizo presente aquella idea, levantar la cabeza con la esperanza de divisar enfrente, la esquina, la avenida.

Miré mis pies, los cordones saltando de un lado al otro: uno quizás



algo flojo, el otro con doble nudo. Fui tomando impulso, desde la espalda al cuello y del cuello a la nuca, llevando todo el peso de mi cabeza hacia atrás hasta tener la vista horizontal. Mis ojos se tomaron unos segundos para enfocar a la distancia y lejos, no sé, unas cuerdas, una silueta en sombra se movía oscilando como llama, primero pequeña que avanzaba hacia mí, después, más grande.

Un hombre caminaba en dirección contraria. Su mano derecha parecía rozar las paredes, se trasladaba paso a paso cada vez más cerca de mí, sin que se evidenciara apuro. Con un asombro interminable pude ver que una de sus manos desaparecía lentamente, después la otra. Quedé mirando sin dejar de caminar, uno de sus brazos dejaba también de ser visible, seguido por el otro. El fenómeno continuó y su cuerpo se esfumó; poco a poco desapareció también el cuello. Bajé un poco la vista ya muy cerca de aquel hombre, para observar como sus pies y sus piernas desaparecían rápidamente, entonces me detuve frente a lo que quedaba de aquél caminante. Volví a levantar la cabeza y pude ver su cara, tenía un gesto insípido y una mirada hueca, pude ver su rostro que era el mío y que también desaparecía.

La vida en común (La convivencia)

Entro a la cocina, mi café está listo. Acercó una silla a la mesa, me dispongo a tomarlo y ella está ahí, con esa actitud despreocupada que irrita al más paciente. Yo la observo y sé que a ella no le importa lo que pienso. Para ella solo vale ese mundo suyo y yo soy solo una molestia. Es como si el ahora fuera todo su tiempo. En definitiva es de lo único que se ocupa.

Hay un silencio profundo pero ella tiene que interrumpirlo a cada momento, moviéndose para todos lados y aunque le demuestro mi fastidio no se va, ni se queda quieta por más de unos segundos.

No puedo probar sorbo, el café se me enfría, el ambiente es tenso y me pregunto ¿por qué no se rinde? ¿Por qué no me deja de una vez?

Casi siempre está detrás de mí y cuando giro buscándola me esquivo, se esconde. Sé que no le importa lo que quiero, quizás tampoco quiera irritarme, pero no puede evitarlo. Solo pienso en ella, en sus movimientos erráticos y continuos, su silencio intermitente. Estoy harto, la situación me supera, no lo soporto más. También tengo derecho de estar aquí y respirar tranquilidad.

Por fin se pone frente a mí, esta vez la veo decidida, sin temor me desafía y yo tomo coraje para terminar con todo. Ahora se queda inmóvil y luego de tanto tiempo nuestras miradas se cruzan. No sé qué piensa y estoy seguro de que ella tampoco sabe qué pienso en este momento. Yo también estoy inmóvil, la miro. Hay un clima estático de los que anuncian desgracias. Yo tomo la iniciativa y estiro mi brazo lentamente hacia ella. No quiero asustarla. Abro la palma de la mano pero con mis dedos unidos. Suave voy a su quietud atenta, suave en perfecta armonía -hay algo de cinismo en la maniobra-, suave casi sobre ella y luego, en un solo movimiento rápido y brusco al final, aplasto a esa mosca de mierda y termino, calmo, mi café frío.

Otro atardecer

Hoy es el último día de su vida. Él lo sabe. Se levantó temprano y tomó un desayuno largo. Por la ventana de la cocina se coló de a poco el sol y comenzó a planificar la jornada. Es fácil con un futuro tan corto por delante.

Se cambió, se peinó y se puso algo de perfume.

Hoy es el último día de su vida así que se lo tomó libre y no fue al trabajo. En su lugar fue a lavar el auto, compró el diario y mientras esperaba, auscultó los fúnebres -donde nunca creyó que estaría-, leyó los clasificados, los chistes, las noticias de política, que también le resultaron graciosas.

Con el auto limpio recorrió la playa y se detuvo a tomar unos mates, solo mirando el sol que corría al medio del cielo. Lo observó hasta enceguecer.

Guardó todo y se alejó despacio sin dejar de ver el mar, alguien le tocaba bocina y con el puño levantado lo apuraba con toda clase de amenazas. Nada de eso llamó su atención.

Fue a visitar a su madre, almorzaron y miraron las fotos de siempre y hablaron de los temas de siempre. Tomaron el café y se despidió como siempre.

Camino al centro, pasó a saludar a dos amigos, sin contarles nada nuevo. ¿Para qué?

Entró a un cine donde estaban pasando una película japonesa, de esas en las que las imágenes y escenas son eternas. Antes creía que eran las películas que más reflejaban la realidad, la vida misma, porque lo hacen a un tiempo casi real. Pero hoy su opinión cambió y pensó en las clásicas de Hollywood donde todo ocurre en minutos y, antes de que te enteres y puedas pensar algo, todo está resuelto, todo terminó y lo extraño es que pasó muy poco. Como en la vida misma, debió pensar.

Quién lo diría, a sus cuarenta y cinco años, vivir el último día de su vida. Es gracioso, la semana pasada se hizo el riguroso chequeo que la empresa exige cada año. Todo estaba bien, la presión, el colesterol, el

corazón, los pulmones, todo perfecto y hoy mismo se sentía mejor que nunca. Sin embargo, ayer por la noche fue avisado y hoy es el último día.

Ayer mismo había ido al gimnasio y pensó «*cada día estoy mejor*». Muchas ironías nos prepara el destino.

Uno se pasa la vida pensando en este día y cuando llega... nada. No tiene sentido ocuparse de lo inevitable.

Sale del cine luego de casi tres horas. Ya oscurece, la calle se vacía, la gente huye del cine, sube a los autos y prende la calefacción y se siente segura y se siente tranquila y opina de la película, la relaciona con algo, la vive y gambetea su propia realidad y pone a los personajes como ejemplo y los juzga y se siente bien, se siente un poco Dios.

Él camina por la vereda hacia el auto, demora los pasos. Se sube arranca y pasea un poco antes de ir a su casa. Se detiene en un parque donde algunas familias todavía permanecen gastando las últimas energías de sus hijos. Sigue camino y el hambre lo impulsa ahora sí a su hogar.

Se cocina unos fideos con salsa mientras hace zapping en la tele, en la que nunca hay nada bueno.

Son las 22:30, es tarde, apaga la televisión y se tira en el sillón con un vaso de whisky en la mano y palpa el libro de la mesa ratona. Es hora de leer como todas las noches.

Hoy es el último día de su vida. Abre el libro y se devora dos capítulos; ya son las once de la noche. El sueño aparece, deja el libro y recuerda que solo le queda una hora de vida. Se debe preguntar ¿qué más debería hacer? Lo piensa, piensa y se duerme pensando para no despertar más.

Todos los días son nuestro último día.





Aristas IV







Expresiva

Tus expresiones...
como seres diminutos habitando tu cara,
todo el espíritu traducido a un gesto,
como esclavo de tu refugio
pende el cielo de tus ojos.

Disfrazadas de fantasmas
tus miradas,
como encantos de atardeceres.






El infiernito de cada uno

En un desgarro, la carne me arranco,
como última chance de desvestirme.
Mostrar natural lo que jamás se ha visto.
Me destrozo el alma
golpeándome desde adentro.
Una gran mano, puño tras puño,
perfora mis huesos.

Con forma de grito,
con forma de golpe;
lo que está escrito,
y puja por salir.

Pero ya es tarde,
y es ahora el destierro
de mi voz y mis letras.





Mientras duerme

Cuando se encienden tus ojos
como iluminados por el universo,
como fugados del alma,
yo entro en tu burbuja,
viendo bosques, viendo mares, viendo sueños.

Donde se esconden los misterios,
tallados en los árboles, en cada arbusto,
esparcidos en la arena, envueltos en las olas.
Yo me quedo diminuto entre las rocas
intentando descifrar lo que tus palabras
no me van a explicar.

Seguí durmiendo, ojos de almendra,
que yo voy a cuidar tus sueños,
seguí durmiendo...
que voy a dibujar, la ilusión.

¿Cómo entender lo que encuentro?
¿Cómo premiar tus ojos?
si los besos no me alcanzan,
si las caricias no bastan,
porque en un segundo
inundás mi espacio,
de tu polvo cósmico.



Sangre

Sangre, altanera amiga de nadie.
Vive la vida despierto, vive con un ojo abierto.
Sangre de ribera, frente al mar tu ceguera.
Vive la vida abierto, vive como si fuera cierto.

Aire, arena sobre los ojos.
Aire, mar sin brisa
escapa el cielo, escapa tu risa
quedan solo despojos.

Camino, de sangre y aire
ilusión borrosa, arde la arena.
Camino verdadero solo es el sendero
sin sangre, solo mezcla, solo cielo.

Sangre traicionera,
nunca compañera,
sangre en las venas
acechan tus penas.





Caras IV





Es solo una noche de invierno

Hace calor en mi auto, en este crudo invierno, en este 25 de junio, de este año que ya pasó. La madrugada se cierra por encima de las calles vacías.

Son las cuatro de la mañana y divago, de vuelta a casa, por los barrios de esta ciudad que también duerme de día. Afuera hace uno, dos o tres grados según la radio, pero en mi auto hace calor. La tecnología de hoy, el *dios aire acondicionado*, mi nuevo equipo de música y este motor que apenas susurra. El clima es ideal, parece como si pudiera ir durmiendo y llegar a destino sin problemas.

Paro en un semáforo, dos niños empiezan a cruzar la calle. Dos muy pequeños niños, el más grande no tiene más de ocho años y el otro unos cinco. Caminan encogidos compartiendo un paquete de *criollitas* triturado. El mayor le habla casi al oído y cuida los pasos del menor que, despreocupado, no mira los autos que frenan a medio metro suyo.

Los dos llevan el uniforme obligado que da la pobreza, zapatillas rotas sin cordones, un pantalón que no es de su talle, una remera y arriba una campera a la que el cierre no le funciona y la sujetan un poco con las manos y otro poco con un hilo viejo.

Pasan frente a mi auto, su imagen se refleja en el parabrisas y se congela en mi cabeza. Me arriesgaría a decir que son hermanitos, de vida, de calle, seguro lo son, se acompañan mutuamente.

Cuando dejan la calle y trepan la vereda los sigo con la mirada, veo en la espalda la mochila del más grande. Pienso a dónde irán, pienso en qué les espera, quizás vagar toda la noche en busca de algo para comer, juntar el cartón que tiran los comercios, para que los caliente en algún refugio improvisado, y en la mañana venderlos por unos centavos. Buscar el reposo en las escaleras del cine o en el banco de la plaza, acurrucados y con las orejas atentas porque nunca se sabe cuando un golpe violento los sacará de su lugar y alguien les robara lo poco o nada que tienen. Nunca se sabe si la policía y su ronda a ciegas los llevará a la comisaría para limpiar o solo para divertirse. Nunca se sabe si amanecerá de nuevo.

A esa edad, en esos escuálidos cuerpos gastados y curtidos, hay grandes adultos que jamás fueron niños, que nunca conocerán lo tibio de una sobremesa, la palmadita y el beso de las buenas noches, el regalo de Reyes, el ratón Pérez o la espera del día del niño. Nada de fantasía, solo llana realidad impuesta, un destino difícil de torcer, como un camino único trazado y obligado.

* * *

Un bocinazo me despierta de pronto y las luces se clavan en el espejo retrovisor. Está el semáforo en verde, los niños son ahora un punto que dobla una lejana esquina. Tardo en reaccionar, en mi auto hace calor, apago la música y bajo la ventanilla mientras avanzo.

El invierno improvisa un escenario y empiezan a caer pequeños copos de nieve que se deshacen sobre el capot.

Mimesis

Tiene el agua hasta las rodillas en una zona tranquila del río, las ojotas en la orilla, un bulto a su lado y un pantalón corto demasiado gastado.

Junta las manos lentamente dentro del agua, encerrando a un pececito que se escapa. Lo vuelve a intentar varias veces hasta que lo logra. Observa al pez nadando entre sus pequeñas palmas que busca desesperado una salida. El reflejo del sol le da brillo a la pecera improvisada, corre una brisa leve y los sauces beben del río rozando una melodía.

El agua se va escurriendo, entonces se inclina hacia el río, desenlaza los dedos y libera al pequeño pez que escapa despavorido. El niño sonríe mientras alrededor de sus pies y tobillos, el cardumen le hace cosquillas en la piel delicada e inocente.

Se moja la cara y toma de esa agua cristalina. El río corre al oeste, escapa de la montaña y el niño hace un esfuerzo para verlo llegar a alguna parte.

Después de refrescarse va en busca de sus ojotas. Primero se saca la arena pegada a la piel, después levanta el bulto, lo abre y revisa los diarios que le quedan. Camina por un sendero, sube hasta la calle, (mariposas y abejas dibujan una estela a su paso), camina por la vereda y al acercarse a las primeras casas se acomoda la voz gritando «¡Diario, diario!». Dos hombres se giran despectivos y ven un niño diariero a las nueve de la mañana de un verano caluroso, pero el niño se quedó juntando las palmas, intentando atrapar pececitos en el río.

Una crónica simple y un esquivo destino

La montaña tiene esa magia y ese encanto que nos resuelve, aunque sea momentáneamente, todos nuestros problemas, reduciéndolos a ínfimos tamaños tan insignificantes que llegan al punto del absurdo. Frente a la majestuosidad de la naturaleza, árboles milenarios, cascadas de sonidos permanentes y bosques tan densos como coloridos, todo bañado con la luz del sol que se abre en abanico por entre las hojas y nos peina el cabello, tan suavemente que es casi imperceptible.

Así estaba yo inmerso en ese paisaje, cuando en un rincón jugaban dos niños, un varón de unos trece años y una niña de no más de seis. Supe después que eran hermanos. Sus nombres, si bien los recuerdo perfectamente, no importan ahora, digamos que eran «Jorge» y «Micaela».



Los dos hermanos jugaban en una pequeña carpa del estilo canadiense y era pequeña en todo sentido, tan baja que cabía debajo de un nogal de ramas tan crecidas que casi tocaban el suelo.

Me llamó la atención porque a pesar de que estábamos en un camping, ellos no tenían ningún elemento típico de los campamentos, es decir, termo, farol, parrilla, conservadora, en fin, cosas que uno se lleva para la vida al aire libre. Lo único que tenían era aquella carpa vieja y muy chica como ya dije.

Otra cosa que me detuvo a observarlos era la forma que jugaban, una manera sería -se podría decir-, nada de gritos, ni desórdenes y además en forma pausada. Se detenían de vez en cuando para ordenar algo de la carpa, su propia ropa o bien para conversar. En una de esas conversaciones escuché que mencionaban a su padre.

Uno no puede dejar de hacer suposiciones cuando ve cosas que no son del todo comunes. Yo me formulé varias hipótesis sobre los hermanitos; casi llegué a acertar.

Pasaron uno o dos días de aquel verano cordillerano, nada distinto a los demás supongo, pero sí de un clima más agradable que en otras ocasiones. Las horas que pasaba yo con mi familia en el camping las





intercalaba entre mate, comidas, algún juego y siestas. Mientras, tenía siempre la posibilidad de mirar a los hermanos que cumplían a rajatabla una rutina de vida. Se levantaban temprano, se iban a lavar, desayunaban en la administración que tenía un pequeño comedor y esperaban a que, sobre el mediodía, llegara su papá. A él lo conocí enseguida, un hombre amable y bastante joven, pero se notaba muy castigado, eso se reflejaba por sus manos ajadas, la expresión de su cara y esas cosas que nos muestran los surcos de la vida en un hombre de trabajo. Así es que me enteré que trabajaba en el camping, que no era de allí pero que llevaban unos cuantos meses ya. Brevemente me comentó que habían vivido en distintos lugares de Argentina y de Chile donde había nacido «Micaela».

Bastante se me fue aclarando con el correr del tiempo, pero comprendí mucho más una vez que conversé con «Jorge». El pequeño hombrequito cuidaba a su hermana de la manera más dedicada que he visto en alguien de esa edad, incluso más de lo que muchos padres podrían hacerlo. Hablaba muy serio y con cierta soltura. Mientras lo hacía por más que intentará evitarlo se le escapaba un hilo de tristeza por entre sus ojos que irradiaban un brillo imposible de esconder.

En esa conversación, él me contó que habían estado alojados en una casa y que luego por problemas de alquiler y quién sabe qué cosa tuvieron que dejarla, ya que el dueño se las pedía. Según Jorge, este mismo le dijo al padre que se fueran a un camping que era más barato e incluso les dio dinero para la carpa. Antes de esto, unos nueve meses atrás, vivían en otra ciudad donde por problemas económicos tampoco pudieron solventar el alquiler y tuvieron que irse. *«La dueña nos dejó encerrados, porque creía que nos iríamos sin pagarle y perdí muchos días de escuela»*, me dijo muy afligido.

Siguió con historias de cuando vivían en Chile, de la casa de su abuela y de su hermano mayor que estaba con ella. En ese momento le pregunté por su madre y la vista se le nubló del todo. Me contestó evasivamente diciendo que «no», que su mamá estaba en otro lado. Dio un salto en la historia y continuó comentando sobre sus días en el camping, lo tomaba con total calma y responsabilidad y mientras yo pensaba en todo los chicos de esa edad que conozco y que están alienados con la computadora, internet, celular, mp3 y mp4, chat, juegos en red,



programas de televisión invasivos y vacíos de contenido. (Qué ajeno estaba «Jorge» a ese mundo, que es, para algunos, indispensable). Pensaba en esos que están en sus casas sin apreciar esa comodidad que, aunque pueda ser sencilla, tiene un valor incalculable. Pensaba en todos aquellos que no tienen ninguna responsabilidad y los medía con los hombros anchos de «Jorge» que parecía preparado a todo y agradecido por la compañía de su papá y su hermana, tanto como de la carpa que pudieron comprar.

Todas las historias deben de alguna manera tener un inicio, una trama y un final, pero la vida real no es literatura. La vida real es nómada y jamás tiene punto final. No se comienza un nuevo párrafo por voluntad propia, no se termina un tema solo por estar agotado. La vida real tiene la particularidad de lo concreto, del hambre, del frío y del dinero. No se resuelve con adjetivos y recursos estilísticos y la mayoría de las veces no se alcanza a ver «...y *vivieron felices por siempre*». El vivir tiene el sentido de la simpleza de las verdaderas grandes hazañas, que son los actos simples, que carecen de monumentos heroicos, pero que los merecen como ninguno.

Un niño vuelto hombre, que pone en pausa su niñez para cumplir los huecos que le ha dejado una sociedad ausente. Una niña inocente que toma como propia la vida en el camping y hace de un lugar ajeno, su propia casa. Un hombre solo, que dibuja día a día una vida y planea a futuro sostener firme cuatro paredes y un techo. Este nomadismo y esta imposibilidad de vivir tranquilamente, disfrutando de la vida, de la niñez, de la paternidad. Porque un día, solo un día, es la vida misma. Si se pierde un día a causa de la desigualdad, se pierde una vida.

No me hablen ahora del esfuerzo personal para progresar, no, mejor háblenme de árboles, de lo que ocurre con un árbol plantado en tierra fértil, con abundante agua y protegido del viento, háblenme de cómo crece y háblenme de otro árbol de la misma especie, con su raíces en tierras áridas, con poco agua, a merced de los temporales. ¿Cómo crecería, qué frutos podría dar? Háblenme de oportunidades.



Aristas V





Un trabajo como cualquiera

Es la muerte paseando la noche silenciosa,
es la muerte misma que tantea las puertas
con su bastón y busca ventanas abiertas.
Aliento frío y ojos vacíos, la muerte cercana
camina despreocupada.

Me resulta sola, me resulta resentida,
la muerte va vestida.
Tan suave como brisa, tan destructiva
como huracán, la muerte anda.

Es peligro esta noche la muerte aburrida
que no deambula a escondidas.
Hace frío y la muerte no lo siente
su bocanada es un glaciar fantasmal.

No tiene rumbo, no tiene dirección,
la muerte camina, de reojo vigila.
No pide permiso, espera que esté abierto,
espera que alguien la espere despierto.

Ve luz y, antes que comience a llover,
se acerca, ve luz y entra.

¿Por qué esta noche me tocó ser muerte?



Cerebral

Mi vientre inflamado
agusanado de muerte,
pierde la lucha
contra el tiempo
y no escucha.

Mi mente dormida,
famélica, pero
no busca comida.
Se deja llevar
se deja maltratar.

Me disuelvo como la sal,
me embebo adormecido
sin notar mi mal.
Con un aliento pobre
y enmohecido.





Una imagen

Una paloma acecha a siete moscas
absortas y alienadas en una mancha de dulce.
Un halcón acecha a la paloma
que deja fija la mirada en las moscas,
y a todas acechan los gusanos de la tierra
que comen la carne y...
que nunca quedan alienados ni absortos.



**No hay afirmación posible,
ni duda para lo eternamente incompresible**

¿Merece la vida existir para tener solo un sueño y morir?
¿Merece tanto el caminar por esta tierra y desaparecer sin dejar huella?
¿Merece que un día en plena juventud se esfumen los tesoros?

¿Qué plan existe para un ser que apenas abrió los ojos se fue?
¿Qué destino para el que no le dieron la posibilidad de morir?
¿Qué encuentro justifica abandonar tan pronto el juego?

¿Se puede hablar de justicia ante aquella grieta abierta en segundos de vida?
¿Se puede reconciliar la existencia cuando ya no se existe aún viviendo?
¿Se puede sentir satisfacción con un verde gajo cortado?

De lo mínimo a lo infinito
¿Se puede no creer en la transición?
¿Se puede seguir materializando vida y muerte?
¿Merece que se pueda?



Caras V





Imágenes perdidas

Yo creo que aquella vez debió ser muy especial, aunque él repitió sistemáticamente lo de cada noche, con la acostumbrada ceremonia. Se sentó en su silla de madera, acercó el banquito que le sirviera de apoyo a su pie izquierdo y, tomando la guitarra con las dos manos, se acomodó entre las piernas como arropándola. Afinó, se entibió los dedos frotándolos contra el pantalón de grafa y suavemente los puso sobre las cuerdas de su antigua Casa Núñez.

Sacó primero tímidos sonidos como silbiditos de sombra, luego fue hilándolos hasta lograr una melodía continua que hacía suya cada noche. Sencilla, no vayan a creer, ya que a Don Francisco no le gustaban esos entretejidos de notas que nada le dejaban. Prefería los clásicos de fácil interpretación pero cargados de sentimientos y a veces se animaba a improvisar, pero nunca como esa noche de oscuridad tan particular, de truenos y relámpagos, acompañados por una lluvia persistente que había comenzado con las primeras luces de la mañana y aún continuaba empapando la tierra pasada de agua.

En la *habitación de la música*, como le decían sus nietos, no había más que una silla, el banquito, una pequeña biblioteca donde descansaban partituras y apuntes, un escritorio con apenas un cajón donde estaba el diapasón obsoleto y un par de lentes ocasionalmente en uso para la lectura.

Más allá de eso, la habitación, algo pequeña, solo se comunicaba con la casa por la puerta que daba al pasillo y tenía una sola ventana que daba a la calle, en general con cortinas cerradas, aunque Don Francisco se sentaba frente a ella cada vez que tocaba.

Esa noche todo se repitió sin cambios, Don Francisco, solo como siempre, comenzó a tocar la guitarra. Traducía primero las notas de una obra desconocida -pero la fue dejando como sin querer- y continuó con improvisaciones entrecortadas. Luego escaparon de la guitarra sonidos nuevos, mientras afuera la lluvia se ensañaba más contra los árboles. Se detuvo entonces asombrado de lo que el mismo escuchaba, pero retomó sin más esa misma armonía, utilizando apenas tres acordes,

escalonaba sus dedos arrugados, arriba y abajo con su típica sencillez, con movimientos cada vez más enérgicos, sus viejas manos cada vez más ágiles, casi invisibles se trasladaban en las cuerdas como sobre rieles.

Un relámpago dejó por un segundo de día a la habitación y después la luz se cortó. Don Francisco se detuvo impaciente y ansioso. Fue hasta la cocina y trajo un par de velas encendidas apoyadas en un plato metálico. Se sentó y continuó tocando como si nada. Transcurrió, al menos, media hora así, sin cambiar de ritmo, sin cansarse, acorde tras acorde.

Hasta que, frente a él en la penumbra de la habitación y apenas a un metro del suelo, comenzó a encenderse una pequeña luz, que se agigantaba cada vez más hasta tener el tamaño de una gran puerta. Don Francisco no dejaba de tocar, solo observaba esa luz que crecía junto con su música.

Quizás las velas se apagaron, entonces aguzó la vista en el centro de la luz y divisó imágenes que le resultaron familiares, personas que se movían y hacían gestos amigables. Lo observaban «*imágenes perdidas*». Una voz le susurró al oído, mientras Don Francisco, inmutable, seguía con su guitarra sin quitarle la vista a esas personas. Quizás adivinó que esa música mantenía abierta aquella especie de puerta. Es imposible precisar cuánto duró realmente esa escena.

Volvió a escuchar, «*Recuerdos olvidados*». Don Francisco no comprendía, sólo se podría creer que esos acordes exactos habían conectado una expresión, una ilusión, por qué no, una realidad lejana.

Pronto dejó de sentir la guitarra pero seguía escuchándose tocar. De nuevo la voz le susurró y esta vez no comprendió lo que le decía. Un extraño bienestar le invadió el alma, entonces sintió una mano sobre el hombro y entendió las palabras ahora tan claras y tranquilizadoras.

Poco se percibía la lluvia que inundaba la calle oscura. Ya no veía la luz ni imágenes, veía un escenario más conocido. Era él en la silla sonriéndole, tocando la guitarra; era su banco, sus partituras, era la puerta cerrada y la mesita con un solo cajón, era la habitación de la música con aquella melodía que no paraba de sonar y detrás suyo la luz, las imágenes, los seres susurrantes.



Seguía viéndose pero se alejaba y mientras se alejaba veía cómo se iba quedando inmóvil y sonriente, abrazando la guitarra, cerrando los ojos e inclinando la cabeza. La habitación se fue apagando y la música también, hasta volverse imperceptible.

La mañana siguiente amaneció con un sol radiante y encontraron a Don Francisco. Tenía los ojos cerrados a lo eterno y estaba sonriente en su silla, con la guitarra abrazada y una partitura manuscrita, con su letra, en el atril. Luego de su entierro aquellos pentagramas de notas sencillas se perdieron en un cajón, y nadie más los volvió a tocar.



Este hombre reservado y de tan buenos modales...

Se llama Carlos Ardies, tiene cuarenta y seis años y es escritor. Vive solo en un modesto departamento, algo pobre de muebles. Es escritor, pero no vive de eso, no podría. Trabaja en una oficina del juzgado, archivando expedientes, ordenando papeles, contestando el teléfono, enviando fax y esas actividades típicas de oficina.

Carlos fue muy feliz cuando se dio cuenta por fin, de cuál era su verdadera vocación, cuando encontró entre todos los senderos el que mejor le cabía. Era todavía un niño y a todas esas historias que deambulaban en su cabeza decidió plasmarlas en papel.



Dicen que es un gran escritor. Él también dice que lo es, a veces puede contar sus historias, son cuentos interesantes al menos la parte que el narra, aunque su manera de contar es pésima.

Carlos nunca mostró sus escritos, de vez en cuando explica sus ideas algo vagas, pero jamás se ve un papel manuscrito o a máquina. Nunca un párrafo que muestre aquella impecable prosa que, se dice, tiene. Nunca los cuentos inconclusos, que de su boca salen, se pueden leer completos en alguna antología o revista de divulgación.

Carlos dice que el ser escritor le da vida, lo llena de esperanza y es un motivo por el cual levantarse y andar cada jornada. Sin embargo su apariencia no es la de un hombre feliz, siempre está mal dormido, mal comido y peor vestido. Lleva un peine en su bolsillo y como todo arreglo, se alisa el flequillo rubio que le cae en la frente, es alto pero siempre permanece con una postura encorvada que da la sensación de tener menos estatura y mayor edad. Usa lentes sobre la nariz para leer pero no para andar en la calle porque no son de los que se usan para ver de lejos.

De su tristeza se pensó que tenía que ver con la soledad, su ausente y desconocida familia o su magro y rutinario trabajo, pero nada de eso. Un día supimos qué era lo que lo aquejaba a este gran escritor. Sólo es posible dejarlo explicado en líneas muy generales porque tamaña desgracia no es posible lograr sentirla y reflejarla tal cual es.

Al parecer Carlos se levanta temprano, lee mientras desayuna y en-



tra a trabajar a las ocho en punto. Jamás llega tarde, cumple su horario y nunca deja nada por hacer en la oficina. Sale religiosamente a las tres, habiendo almorzado de doce treinta a trece horas. Va a su casa, siempre en colectivo, duerme una corta siesta y al levantarse toma té de limón mientras se sienta en su escritorio a escribir, lapicera en mano y block de notas, como a la antigua, «*nada de computadoras para la inspiración*» lo escucharon decir alguna vez.

Comienza a escribir lento, pero con pulso firme y luego, al finalizar el primer renglón o a veces el primer punto y tratar de releer, su incipiente obra no está, no están las palabras, no hay letras ni puntuación, nada queda, todo se borra, todo se va, se esfuma sin explicación.



Retoma la tarea y otra vez todo desaparece, teme llegar al final de la oración, teme colocar un punto, teme releer y varios intentos después, le tiembla el pulso, transpira, no se lamenta, se contiene, se esfuerza por permanecer, se esfuerza, hasta que suspende momentáneamente sus escritos, si así se dejaran llamar.

Nada más triste para un escritor: es como un jardinero que jamás viera sus plantas crecer, porque aunque es jardinero que prepara la tierra, la abona, siembra, quita la maleza, riega, espera y espera, nada crece, o crece y muere segundos después.

Hay días en que la literatura es más benévola con él y al finalizar una oración e incluso un párrafo, las letras no se borran solo hasta que comienza a leer y, poco a poco, finalizada la lectura de cada palabra, ésta se desvanece como si nunca hubiera estado, dejando el papel en blanco otra vez.

A pesar de esta traición de las palabras, Carlos nunca se rinde, nunca cede y continúa en su esfuerzo. A la noche cuando intenta escribir, las comas se le corren de lugar, el punto y coma se borra y los puntos finales se atrasan, dos, tres o más palabras, y todo pierde el sentido; ni siquiera puede entender sus propios escritos.

Dicen que la primera vez que Ardies sufrió este fenómeno, acababa de escribir un poema de cinco estrofas, con una rima perfecta que ni él recuerda. Al levantar la vista e intentar leer en voz alta su producción, el texto se quebró, no la hoja, el texto mismo se hizo trizas en el papel y quedaron partes sueltas y mezcladas, todas desparramadas, ni siquiera palabras completas, eran partes imposibles de reconstruir.



Mayor crueldad fue la que sufrió un domingo, único día en el que se dedica a escribir a la mañana: escribió todo un cuento sin que nada ocurriera. La euforia de haber finalizado por fin un texto completo fue total. Leyó y releyó, hasta corrigió lo que hizo, feliz cerró su block de notas. Se dio una ducha para salir a mostrar su obra, se puso su mejor ropa, se afeitó, tomó su escrito y mientras iba en el colectivo le quiso dar otra mirada, pero las palabras ya no estaban ahí. Solo quedó el punto, el punto final en el margen derecho, dos centímetros antes de que termine la hoja.

Dicen que una gran lágrima recorrió su cara y que duró hasta la noche cuando volvió a su casa exhausto, después de hacer tres recorridos con el colectivo y caminar bajo la lluvia torrencial de aquel terrible día.

Nunca hubo escritor más trabajador y abocado a su oficio. El sigue intentando, día tras día, fijar y anclar las letras a los renglones, dejar historias hechas palabra escrita, tinta visible de azul oscuro como el mar a las siete de la tarde en invierno.

Las huellas de Eric Orión (El Sendero de las hormigas)

Al final, cuando ya no dejaba huellas, Eric Orión tuvo que volver a morir tres veces.

Como tantos otros, Eric sufría los vaivenes del universo, sufría la escasez de almas, porque el acelerado crecimiento de la humanidad es incompatible con la generación de energía para originar un alma, suficientemente compleja como para ocupar un cuerpo humano, que debe darse en forma natural y casi aleatoria. No tiene cronograma, ni límites, no tiene fechas, no puede predecirse. Es así que el mundo se completa con unos cuantos espíritus exhaustos, para miles de cuerpos. Tanto el cansancio, tanta la infelicidad en la tierra, en los rostros de los nuevos seres, tal el agotamiento, el hastío, el desengaño del arduo trabajo y del poco cambio.

Eric lo soñaba y experimentaba sus otras vidas en forma casi consciente, aunque no siempre había sido así. De pronto quedaba ausente ocupándose de otros asuntos con otros cuerpos. Cuerpos del presente y vestigios de vidas pasadas; huellas.

Eric era de una personalidad mínima en un alma gigante, que por otro lado son las únicas que pueden soportar tal movimiento. Vivía en su pequeño departamento con olor a humedad y encierro con un trabajo mediocre, pocos amigos y ningún perro. Se rescataba de vez en cuando y experimentaba ausencias producto de los eventos como los que acontecieron antes de su regreso inesperado.

* * *

Una tarde, Eric se encontró en el castillo del soberano a quien servía, con la esperanza de que ese día él cumpliera con la promesa de otorgarle la mención que lo colocaría a su lado, lo convertiría en su mano derecha, en su protector. Pero cuando comenzaron a llegar los invitados y se congregaron en el salón principal para el banquete, supo que todo se desbarrancaba. El vino comenzó a circular, las bromas y los destrozos le siguieron, se perdió el control. Nada del protocolo que debió preparar se llevó a cabo y a la llegada del soberano a la fiesta, solo bastó una mirada para que Eric se diera cuenta de que lo había perdido todo.

Al día siguiente, antes de irse expulsado del castillo, Eric tomó su paga y a sus espaldas su principal rival era nombrado protector y consejero principal del soberano.

Ciento veinte años tuvieron que pasar para que Eric volviera al castillo con otro cuerpo, a un castillo totalmente abandonado. Al entrar recorrió cada rincón de su vieja morada y reconoció cada piedra con la que estaba construida la imponente edificación y recién allí recordó. Se introdujo en la cámara privada. Estaba oscura, de a poco sus ojos se fueron acostumbrando. Divisó una gran puerta de unos cuatro metros de alto, la abrió y detrás de ella distinguió por su corona el esqueleto inerte de su antiguo amo. De pronto, algo se movió más arriba y descubrió asombrado el cuerpo consumido de su lacayo, quien con una voz desesperada que no salía de su boca, le dijo: «*aquí debo cumplir con mi deber, como protector eterno.*» Eric cerró la puerta y luego de tantos años se alivió por no haber conseguido aquel puesto.

* * *

Desde su sillón de cuerina gris, desde su cama o su oficina, Eric experimentaba ausencias ante la ignorancia de todos, incluso a veces, la de él mismo. Él, un hombre marcado por el fracaso, el peor de todos los fracasos, el de no haber fracasado nunca, porque nada había intentado.

En ese año dos mil diez, en ese enero tan atípico, se subió a su barco para realizar su labor. Él, el más experimentado marino, con su vista clavada en el horizonte, parado en la proa sin titubear, pero algo hastiado de su trabajo.

El mar estaba calmo y el barco se mecía suave. El sol resplandecía en el espejo azul y se mezclaba con la brisa, dando una sensación placentera, lo que dispuso a Eric al trabajo. Se subió a una escalera para observar mejor, y sin querer se elevó, se separó de la cubierta y se alejó de su barco. Pronto se dio cuenta de que cinco gaviotas lo tomaban de los hombros, ellas lo elevaban, lo trasladaban rasante por las aguas. El resto de los barcos estaba allí, todo en orden, su trabajo se realizaba con una extraña cotidianidad. Giró la cabeza y vio mejor, unas veinte gaviotas más lo acompañaban. Se sintió seguro y confiado, tanto que casi cae. Continuó volando, rozando el mar con la punta de los dedos planeando, disfrutando. Era una extraña muerte que no lo parecía; casi sin que

él lo notará las gaviotas tomaron rumbo a la costa, se acercaron a la playa y lo soltaron abruptamente. Eric rodó sin hacerse demasiado daño pero terriblemente asombrado y asustado. Se reincorporó viendo que las aves se alejaban, dejándolo en un lugar desconocido. Así eran las transiciones, bruscas, imprevistas e incomprensibles.

Caminó un poco, llegó hasta una línea rocosa a modo de defensa. La traspasó, una calle de tierra estaba detrás, casi choca con un gran cartel, más lejos vio unas casas, reparó en el cartel, tenía el nombre del pueblo y el año de fundación 1880. Cuando se aproximó a las casas, todas pintadas de colores pasteles distintos: verde, violeta, azul, descubrió que eran muy antiguas y que en su frente, arriba, tenían un número, (el del año de construcción quizás), 1939 la primera, luego 1940, 1941, y no observó las siguientes pero supuso que también presentarían su cartel en la entrada. Daban la impresión de estar abandonadas y él parecía estar casi solo, preguntándose en qué lugar estaba y por qué lo habían abandonado allí.

Más tarde en su casa Eric se despertó en su sillón y se puso a mirar televisión, las imágenes se le fueron borrando y, aunque no las olvidó del todo, esta vez no estaba seguro si había sido un sueño o no.

* * *

Pasaron los años y como siempre la muerte volvió a llegar. Las pequeñas almas mueren solo una vez. Eric tuvo que hacerlo otras tres veces.

La noche era clara, pero a causa de las luces de la ciudad ya que no había luna ni estrellas, corrió frenético por las escaleras hasta llegar a la terraza del edificio. Desde allí todo era pequeño, no sentía frío. Su sobretodo hasta los tobillos lo cubría, estaba completamente vestido de negro. La seguridad que lo caracterizaba se desvaneció. Como todo gángster sabía que era el final, pero creyó en un último intento. Miró hacia arriba, la luz del helicóptero lo encandiló, por un instante se sintió salvado, levantó los brazos agitándolos. Lo último que vio en vida fue el rostro de su asesino y las sombras de quienes lo acompañaban, de los traidores. Esa es otra de las caras de la mafia, pensó. Su pálpito no le había mentido, no hubo sorpresa en su rostro cuando la lluvia de proyectiles destrozó su pecho. Cayó al suelo rodando bañado en sangre, pero aún con vida. «*Estoy muriendo*» creyó decir, mientras el helicóptero se



alejaba, «esto es la muerte». La voz fue dejando de ser suya, se elevó por su cabeza, se hizo cálida - «esta es la muerte, Eric, ya no sentís dolor, pero pronto la lucidez que sentís va a desaparecer». Se despegó del cuerpo, sobrevoló el techo del edificio, se miró mil veces, se sintió muy bien. «Volá, Eric, yo te acompaño, esta es la muerte, ahora vas a dejar de ver, sólo sentís, sólo me escuchás, luego todo se oscurecerá, todo lo que fue vida desaparecerá, la palabra existencia no existirá». Apenas la voz se apagó, el silencio fue absoluto y la ausencia total.

Eric se descubrió sentado frente a la radio, exhausto, escuchando su habitual programa de la noche. Buscó algo para comer en la heladera y después se desplomó en la cama hasta el día siguiente, donde todo transcurrió como cada martes, solo que esta vez, Eric pareció esperar el siguiente paso.

* * *

Esta vez, mientras esperaba el colectivo en la terminal, decidió ir al baño. No notó que detrás de la puerta dos personas se escondían. Cuando quedó solo con ellas, uno le dio un golpe en el estómago y cayó de rodillas. En la confusión escuchó que le pedían plata, al tiempo que le revisaban la campera. Solo tenía unos pesos en la billetera, el resto lo había despachado junto al bolso. Las amenazas fueron en aumento, a las que sobrevino una patada en el pecho, insultos y un golpe en la cara. Todavía de rodillas, Eric vio de reojo que uno sacaba un arma y se la ponía en la cabeza. Sintió el frío del metal. No supo si fue un descuido, la impaciencia o si fue totalmente intencional, lo cierto es que el revólver se disparó dándole en la cabeza. Se desplomó en el piso. Los dos hombres escaparon. Eric apoyaba su cabeza en un charco de sangre tibio, «otra vez las armas, otra vez el fuego, pero esta vez no vuelo». Sin perder esa extraña conciencia, creyó que no debía morir. No se resignó, creyó tomar fuerzas, incorporarse con los brazos, creyó resucitar. De alguna manera debió ser así porque el paso a su última muerte fue directo, sin escalas, sin intervida.

Llegó a una playa donde reinaba un temporal silencioso y amargo. Nada había que temer pero su esencia entera se estremeció. El mar gris, el cielo negro, la playa agreste y pálida. Nada más. Repentinamente, la marea comenzó a bajar y cuando subió nuevamente todo cambió. Precisar tiempo sería inútil, la muerte no conoce de horas, ni minutos, ni



almanaques, pero todo cambió y a él le dio la impresión de que tardó solo un parpadeo. El lugar era el mismo pero con una brisa agradable, un mar azul, un cielo anaranjado, amarillos llenos de luz. La playa, por momentos, de una arena blanca y más lejos una restinga verde. Todo de colores, todo respirable y profundo, una claridad serena y eterna. Otra vez comenzó a volar, como en su anterior muerte, pero con tranquilidad, sintiéndose descansado, sabiendo dónde estaba y qué hacía, suponiendo controlar su dirección. Supo que era la última y que las experiencias anteriores solo lo habían acercado a este momento.

* * *

Ahora tenía una visión. Era la tierra gigante, la observaba de arriba: veía los mares, las montañas, todos los continentes juntos. La tierra se fue alejando cada vez más, haciéndose pequeña, muy pequeña. Después la vio dentro de una especie de caja, de esas antiguas. Allí estaba guardado su mundo y se veía insignificante. Todo parecía acabar. La muerte da miradas imposibles y, sin darse cuenta, Eric estaba viendo el planeta en la caja y a la vez una hilera de hormigas. Cada una con su trozo de hoja se dirigía al hormiguero que estaba en un terreno vacío, de un barrio alejado de una ciudad y un país que él no conocía, en un continente al que mojaban las aguas de aquél océano fantástico, en el planeta que giraba metódicamente dentro de esa especie de caja. Esas hormigas caminaban ordenadas, inmersas en una cosmovisión propia y totalmente desconocida. Eric pensó, entonces, en volver y la existencia tiene esa particularidad del libre albedrío: no todo tiene explicación. Él tuvo la visión total, quiso volver, quiso ser una de ellas y eligió el camino de las hormigas.

Cuento para no dormir

Hizo una pausa como para darle suspenso a su relato y continuó con la historia: – *Esta vez, mientras esperaba el colectivo en la terminal, decidí ir al baño, no notó que detrás de la puerta se escondían dos hombres. Cuando quedó solo con ellos, uno le dio un golpe en el estómago y cayó de rodillas, entre la confusión escuchó que le pedían plata al tiempo que le revisaban la campera, solo tenía unos pesos en la billetera el resto lo había despachado junto al bolso, las amenazas fueron en aumento, sobrevino una patada en el pecho, insultos y un golpe en la cara. Todavía de rodillas, vio de reojo que uno sacaba un arma y se la ponía en la cabeza, sintió el frío del metal...*

- *¡No, pará, pará!* -Lo interrumpió de golpe Alejo, que estaba en la punta de la mesa, con un vaso en la mano.

- *Esa ya la contaste mil veces, dejame a mí que cuente una buena y que además ocurrió realmente, no como esas fantasías tuyas.*

- *Vos decís pero de ignorante que sos, si yo digo que es verdad es así, pasó y pasa todavía. Pero dale, a ver, contate vos algo. Total ya rompiste con el clima.*

- *Sí, es lo que voy a hacer cuando te calles.*

- *El clima para dormirse.* -Murmuró Lorenzo

Entre risas, los cinco se acomodaron mejor en sus lugares y se volvieron a servir cerveza. La noche ya estaba avanzada. Era una de esas oscuras noches del frío invierno de junio, pero los muchachos insistían en tomar cerveza helada como era costumbre y para eso tenían al máximo la calefacción de la casa. Cosas, costumbres, hábitos sin mucha fundamentación.

- *Bueno, como saben yo viví mucho tiempo en Portugal, en una ciudad que se llama Porto, donde estuve la mayor parte de los años que viví allí. Ahí abundan historias de todo tipo. Porto es una villa muy antigua por lo que se dan estas cuestiones de cuentos y leyendas, casi todas relacionadas a sucesos de la edad media. Bueno, en verdad no tanto en esa ciudad, pero si donde ocurrió el hecho principal. Pero esta historia tiene poco de cuento,*

además no pasó en la antigüedad sino que los últimos sucesos de lo que les voy a contar fueron hace unos cien años, creo.

Los viejos del barrio me contaron una vez, que un tal Da Silva, no se sabe bien pero dicen que se llamaba Omar, tenía un viñedo, uno de los más grandes y prósperos en aquella época. Él había heredado la tierra y el viñedo, un tesoro de muchos años de su familia, desde los tiempos de su tatarabuelo por parte del padre. Sólo tuvo un hermano menor, que murió apenas después de nacer. Así que al morir sus padres, cuando todavía era muy joven, quedó todo en sus manos. No se le conocía otra familia en la villa. Inmediatamente se hizo cargo de la viña y lo hizo de manera frenética y compulsiva. - «Cada quién realiza los duelos como puede», decía mi abuelo. Parece que la forma de Da Silva era la de trabajar sin parar. Era una persona obsesiva y maniática; quizás por sus vivencias, quizás porque la prematura muerte de su hermano lo afectó más de lo que demostró, él tenía cinco años en ese momento, aunque son puras conjeturas. Lo cierto es que, entre otras cosas, tenía una obsesión por el paso del tiempo, una obsesión que se acrecentaba justamente conforme pasaban los años. Mucho pensaba en el tiempo y la impredecible muerte y esos pensamientos lo llevaron a una conclusión casi cierta. No podía vencer a la muerte, no podía detener el tiempo, pero podía exprimir los minutos y aprovechar cada espacio que estos le dejaban. Entonces empezó a acelerar su reloj interior. Nada quería dejar pasar, nada dejar de hacer. Dormía de cinco a seis horas diarias, comía mientras recorría el campo a caballo y se vestía mientras revisaba las cuentas de la producción.

Estuvo, según dicen, bastante satisfecho al principio, pero después su metodología no le resultó suficiente. Continuó entonces pensando en cómo hacer para torcerle el fuerte brazo al tiempo y doblar aunque sea el de la muerte. Investigó y convocó a personas de todas partes, personas sabias, a las que pedía consejos. Nada resultaba, nada calmaba su ansiedad extrema.

Un día salió temprano y después de controlar que todos sus empleados estuvieran a horario en el lugar de trabajo y cumpliendo con sus deberes, fue hasta el pueblo a tomar una caña. Sentado estuvo unos minutos cuando un pequeño hombre se acercó a la mesa.

- Buenos días, ¿usted es Da Silva?
- Sí, -le contestó- ¿usted quién es?
- Mi nombre es Augusto pero no sé si eso le signifique a usted algo,

voy de viaje para España y estoy de paso hace dos días aquí. Su apariencia y semblante me llamaron mucho la atención, soy hombre de viajar y conozco mucho a las personas y espero no se ofenda pero enseguida noté en usted algo extraño y particular, pregunté y el de la cantina me contó, entre otras cosas, lo que usted busca y yo puedo ayudarlo, si usted me ayuda.

- ¿Lo que busco?

- Sí, lo que le está pasando.

- Bueno, dígame entonces...

- Soy un hombre pobre y la información tiene precio.

- Eso no es problema si encuentro solución en sus palabras tenga la seguridad de que será recompensado.

La desesperación es la cara más sincera que tiene el hombre y Augusto creyó en su palabra. Mejor dicho, cada uno creyó en la palabra del otro.

- Vea, hay un lugar, un hospedaje muy sencillo, en Vinhais con siete habitaciones individuales, una de ellas tiene una cama muy especial, dicen, que si uno duerme allí toda la noche hasta el amanecer sin despertarse, logra la vigilia eterna, por que duerme todas las noches de su vida en una y ya no necesitará dormir más, nunca tendrá sueño, nunca estará cansado. Por lo tanto el tiempo para usted se duplicaría, podría aprovecharlo doblemente. Es imposible vencer la muerte pero esto es lo más cercano a lo que se puede llegar, siempre y cuando se viva muchos años.

- ¿Y por qué no ha ido usted allí?

- Primero porque nadie sabe cuál es la cama, segundo yo no tengo dinero siquiera para pagar el albergue y tercero nunca me atrevería.

- ¡Qué estupidez! ¿quién no querría semejante prodigio?

- No digo que no lo quiera pero tengo mucho miedo a lo desconocido y, sobre todo, a lo que sale de lo natural y ya no tiene vuelta atrás.

Da Silva pensó unos segundos.

- Su historia está más cerca de la locura de lo que yo de esta botella, es demasiado fantástica como para que sea cierta, como puedo saber yo si usted no me toma por un idiota y pretende que le dé dinero y nada más.

- Mire la aldea de la que le hablo no está a más de dos días de viaje,

salga mañana y yo aquí lo espero, haga la prueba y regrese a pagarme, si es cierto lo que cuento.

- ¿Cómo sabré cual es la cama?

- Es usted un hombre de dinero, pruebe todas, pase una noche en cada habitación y sabrá enseguida si la ha encontrado. Yo lo voy a esperar siete días uno por cada cama y cuatro días más por el viaje de ida y de vuelta. Todos los días al atardecer estaré aquí mismo. Si el día once no regresa, seguiré viaje a España.

- ¿Cómo se llama el hospedaje?

Augusto miró a los lados, se arrimó al oído de Omar y le susurro el nombre. Luego se incorporó y detalló la forma de llegar [...] es el que se encuentra más cercano a la orilla del río Tuela. Fue lo último que le dijo y que quizás alguien alcanzó a escuchar.

Da Silva volvió a su casa, hizo los preparativos, dejó instrucciones al encargado sin dar demasiadas explicaciones de su viaje y salió con su mejor caballo, con lo indispensable. Caía la noche del segundo día cuando encontró el lugar con un enorme cartel viejo pero en el que todavía se podía ver el nombre.

Entró y preguntó por una habitación, solo había dos vacías, eligió una al azar.

Estaba exhausto por el viaje, y apenas comió una cazuela de perdiz, quedó dormido hasta el otro día. Se despertó algo confundido y ese día no hizo más que caminar, comprar algo para comer y por la tarde, temprano, volvió al albergue. Habló un largo rato con su dueño y convino que al día siguiente le alquilaría todas las habitaciones por el doble del precio. El dueño estaba sorprendido pero pensó más en el dinero que en la rareza del pedido o quizás le asombró lo lejos que habían llegado los rumores. Solo le quedaban dos clientes, a los que gentilmente echó más tarde con buenas excusas.

Omar pasó la segunda noche en la otra habitación vacía, pero nada ocurrió. Para la tercera noche volvió a cambiar de habitación, pero tampoco sintió nada; hasta ese momento cada noche había dormido plácidamente pero nada de lo que esperaba se manifestaba.

Su humor empezaba a cambiar y se preguntaba, o más bien ya estaba casi seguro de que había sido víctima de una broma. Razonó largas horas

pero su desesperación lo llevó a la ingenuidad, y terminó diciéndose que nada tenía que perder y que seguiría con el plan.

Así pasó también la cuarta noche; amaneció sin cambios, desayunó, hizo algunas compras en el pueblo, luego fue hasta un bar donde se quedó casi todo el día. Llegada la noche se fue a acostar, eligió casi sin pensar la quinta habitación que era la más pequeña de todas. Se acomodó con sus pertenencias y se acostó. Con la vista al techo pensaba en su suerte, su soledad y su trabajo, la hacienda, sus padres, su hermano probablemente. Se decidió a dormir pero no lograba conciliar el sueño. Dio vueltas a la cama, se levantó a beber un trago de licor, se volvió a acostar, pero nada, no podía cerrar los ojos. Primero se molestó, pero en un instante cayó en la cuenta que quizás la noche anterior había dado con la cama indicada, quizás lo había logrado. Así fue, no durmió y a la mañana siguiente no sentía ningún tipo de cansancio era como si efectivamente lo increíble hubiera hecho efecto en su cuerpo.

Apenas despuntó el sol emprendió feliz el camino a su casa. Como no necesitaba dormir llegó muy rápidamente.

Al llegar a Porto, primero fue a su casa a controlar la hacienda, darse un baño y comer. Al atardecer se dirigió con una gran suma de dinero (nadie recuerda cuanto fue) a la cantina, para encontrarse con aquel hombre.

Se sentó en una mesa y a la media hora vio acercarse al tal Augusto. Cuando estuvo frente a él, se paró violentamente y lo abrazó con fuerza dándole las gracias. La gente que lo conocía, lo miraba asombrada ya que jamás habían visto una demostración de afecto de ese tipo en Da Silva. Sin dejar que diga palabra, le entregó el dinero que tenía en una bolsa descosida. Augusto no se sentó, ni dijo palabra alguna, solo dio un tibio saludo y se fue. Da Silva en cambio, vaso en mano, se dirigió al cantinero diciendo ¡salud hombre! Tomó todo de un sorbo, volvió la mirada por donde se había ido el pequeño hombre, pero no lo encontró, buscó y acomodó la vista pero nada; había desaparecido. Aunque, no lo sabía se volvería a encontrar con él años más tarde.

Tan feliz como estaba lo tuvo sin cuidado la abrupta desaparición y siguió brindando hasta que anocheció, con cada uno de los parroquianos que se acercaban.

- Bueno loco, eso es ¿qué les pareció?

- ¿Qué, ahí termina tu historia? ¿no me vas a decir que eso es todo?

- No, más vale, falta lo mejor, pero hago pausa para tomar un poco y refrescarme la garganta. ¿Viste como los tengo, Marcos? Aprendé.

Este cuento llegó a conocerse en todo Portugal y después se extendió como un mito urbano, más en el resto de Europa. Hay canciones incluso que hacen referencia a la desgraciada vida de Da Silva. El viejo que me contó a mí la historia, decía que tampoco está tan claro si ese era el verdadero nombre de él. Se supone que un vecino escuchó los sucesos de boca del propio Da Silva y ahí se diseminó, con agregados y datos confusos de lugares y nombres. Un dato importante es que en Vinhais saben el lugar donde estaba el albergue que, por supuesto, ya no existe, y de ahí la versión que es casi la misma que en Porto.

Los años que siguieron vieron a Da Silva convertirse en uno de los hacendados más ricos del lugar, su finca crecía día a día. La bodega se hizo famosa en todas partes. Al principio Da Silva acompañaba esta abundancia con un semblante activo y alegre, siempre dispuesto al trabajo y más sociable de lo que era su costumbre. Se emborrachaba en la cantina de vez en cuando y se le escuchaba vociferar «le gané, yo la vencí, yo lo vencí». No se sabe cuánto duró esto. El párroco de la iglesia le dijo al juez que intervino en el caso, que pasaron seis meses más o menos antes de que comenzaran a verse las consecuencias de la supuesta falta de sueño. Todo se desdibuja con el tiempo, lo que pudo ser unos días se convierte en años y viceversa. Es más, ahora algunos opinan que no era cierto eso de que luego de la visita de Da Silva a Vinhais su hacienda prosperó. Dicen que siempre fue la más próspera. La cuestión es que se lo empezó a notar desmejorado, delgado y con la mirada perdida. Fue algo paulatino, algo que algunos lograron evidenciar recién cuando su estado fue deplorable. Su carácter estaba muy alterado, nada lo satisfacía, mostraba una total falta de coordinación en sus movimientos y principalmente su rendimiento había bajado mucho. Ya no recorría la finca, ni buscaba nuevos clientes, tampoco se ocupaba de mantener conformes a los que ya tenía. Antes de esto, comenzó a quedarse sin personal, ya que exigía que todos mantuvieran su ritmo, comenzaba la jornada con los primeros rayos de sol y terminaba cuando ya estaba oscuro. Nadie lograba soportar tanto, nadie lograba mantener esa rutina. Primero se fueron de a uno los peones, luego el encargado, su contador y por último los vendedores.

Poco a poco, ya sea porque no tenía gente que cosechara la uva o procesara el vino, o faenara los animales, la campiña dejó de tener actividad. A Da Silva se lo veía de vez en cuando, aparecía en el pueblo desvariando, alucinaba, murmuraba el nombre de Augusto, decía «yo sé que vencí, yo sé que gané». Al principio sus allegados intentaban calmarlo, le hablaban, pero él no los reconocía y se asustaba con facilidad. Su cocinera decía que pasaba días encerrado, que ella le hacía llegar la comida y que comía cada vez más pero que no engordaba nada.

Parece que su cuerpo no soportó semejante esfuerzo, a veces la realidad física puede con lo mágico, con los artificios más fuertes o las energías más tangibles.

Yo no sé si creer o no en todo esto, algunos dicen que efectivamente esta suerte de hechizo funcionó. Otros piensan que el deseo de Da Silva era tan fuerte que se convenció de ello y forzó su mente y su cuerpo de manera inconsciente. Otros creen que sí dormía, pero muy poco y que de todas maneras estaba loco mucho antes de ir a la posada. Y los más piensan que se trataba de una extraña enfermedad genética de insomnio.

El nieto del cantinero, ya muerto, contaba a la gente que su abuelo siempre le mencionaba la historia de Da Silva y que lo veía al anochecer como borracho pero que ni siquiera había estado tomando en su fonda. Para ese entonces era un ser diferente, de aspecto primitivo, tenía la cara de un hombre enfermo, intoxicado, su expresión mostraba lo irreversible.

Un amigo portugués que es muy creyente de estas cosas, dice que el hombre vivió todas las horas que tenía que vivir pero antes de tiempo. Él cree en eso del destino preconcebido de cada persona, dice que aceleró su proceso de muerte, que no le ganó al tiempo, más bien que perdió.

Una versión sobre el final de la historia, es que Omar Da Silva murió de locura. Su cerebro se detuvo antes que su corazón. El último día en que se lo vio ya no podía articular palabra, «rugía», «ladraba», daba gritos terribles, agitaba los brazos como espantando moscas que no había. Hay testigos que lo vieron en la plaza de armas, con una persona al que quiso atacar pero sin resultado, a pesar que era más grande que aquel pequeño hombre, ya no tenía fuerzas. El extraño, al que alguno creyó reconocer, le susurró algo al oído y se alejó sonriendo mientras Da Silva gritaba de rabia.

Después de ese episodio, Da Silva desapareció. Los vecinos, extrañados por su ausencia, comenzaron a buscarlo. Lo encontraron muerto, visiblemente consumido, casi irreconocible apoyado contra el tronco de un olivo. Estaba parado, con las piernas apenas flexionadas y los ojos muy abiertos. De lejos no parecía muerto. Su posición era inexplicable, inexplicable era cómo se mantenía erguido. Lo enterraron de inmediato, no hubo funeral, ni herederos legítimos. Saquearon la casa, la viña, los corrales y tiempo después, no quedó más que una mansión olvidada a la que ya nadie volvió.

Bueno ahora sí, ahí termina, no tengo más datos, y quizás no tal cual, pero pasó de verdad.

- Yo no me la creo, seguro que es de esas invenciones que se pasan de boca en boca y cada uno le agrega algo cada vez más increíble.

- Sí, pero si existiera el albergue y te digo dónde es, y un día viajás a Portugal, seguro que vas.

El único que no hablaba era Lorenzo que quedó pensativo, en medio de una catarata de opiniones, hasta que, después aventuró una pregunta:

- Che ¿y el dueño del albergue? ¿Sabía?





Aristas VI







Las arañas también

Una araña baja desde el techo.
De reojo miro los platos sucios,
el silencio de lo digerido
el vacío de lo ya dicho
el hechizo que ya no hace efecto.

La araña cae al piso.
Los platos siguen sucios
el ruido de lo que no llegó.
La ropa se arruga en la silla,
lo viejo que no es nostalgia.

La araña camina precavida.
Los restos de la comida,
la muchedumbre implícita.
Los pisos sin brillo
la sombra que no da fresco.

La araña toca mis pies.
Los platos, los vasos, la comida
las palabras rebotan en círculo
la basura sin sacar rebalsa,
la sinceridad inhallable.

La araña trepa.
No odio a las arañas
pero yo mato arañas,
hoy también.



Música

En oscuro y silencioso concierto
los albatros hacen música sobre el mar.
Una música inaudible
una música que permanece colgada del cielo

Música que no necesito escuchar.

Música que se ve.
Descubro los sonidos, las melodías silenciosas

Descubro imágenes.

De un lado a otro,
sobre pentagramas invisibles
vuelan los albatros.

Se deslizan armoniosamente,
estelas blancas y negras
como figuras musicales,
en tiempos exactos
marcados por un pulso natural.

Indefinidamente continúan con su orquesta.
Planean, sin esfuerzo, sincronizados,
en el cielo, entre las nubes, entretejiendo notas.

Entiendo esa melodía que parece no escucharse,
que se ve en el vaivén de los albatros sobre las olas,
que no tiene un principio.



La habitación

Un niño escapó de su vientre
mientras en la oscuridad recorría sus entrañas.
La locura esporádica humectó de savia su boca,
disfrazando una historia inconclusa
los brazos se agitaban como molinos
de sudor y recuerdos.

El niño abrió los ojos desmesurados,
mostró tras la espalda unas alas
reemplazando los pies faltantes.
No necesitó hablar, todo fue miradas
entonces busqué las manos del pequeño infante
frías pero cálidas se apoyaron en mi pecho
llore con fuerza sin motivo y desecho.

Mientras su vientre se cerraba
buscaba la calma en un mar enfermo
sin sospechar jamás la presencia del niño.
Yo me contenía sin resultado
me excusaba absurdamente.

El pequeño niño desconcertado voló
no pudo caminar, ni me habló.
Solo observó aquel futuro hecho presente.
Ella pudo estar ahí, me abrazó, me besó,
caminó y volvió hacia mí, hablándome,
sosteniéndome.



Como un perro

Quizás hoy me quede aquí,
con mi cara de perro
mis ojos de perro
y mi voz de perro.
Quizás en esta tarde,
nada sea suficientemente importante
y espere a que se apague el cielo.

Quizás me quede sin pensar en nada.

Hoy la jornada se duerme conmigo
y, aunque falte el mar,
es posible que salga a reencontrarlo
pero no hoy
hoy voy a ser perro lo que queda del día.



Vértice I

Baja las escaleras, baja despacio, sin pausa, en silencio mira sus pies, baja calmo y sin remedio se recuesta en la pared de piedra. No parece que llegue a alguna parte no siente que avanza; avanza.

Cuadros antiguos, pinturas, rostros y figuras, miradas muertas y miradas vivas, soledades desiertas pasado inmortal.

Baja las escaleras, cae de a pasos pero cae. Desciende, se acerca al sótano.

Levanta la cabeza, terminan los escalones, ve la puerta. Saca la llave abre la cerradura. Atraviesa el umbral cae al vacío. Mientras muere, mientras cae, reconstruye la escalera, pero la sube, ahora la sube.







Aristas VII







Pensamiento para viajes

Que endulcen tus labios
este viaje silencioso
y acompañen tus ojos
mi espacio vacío.

Para que sueñe mi mente
para que despierte de repente
junto a tu mano tibia
y a tus pies helados.

Que me rescates en tu pecho
y quede satisfecho.





Pequeño infinito

Era tan diminuto, que el mismo ignoraba su existencia.

Era tan callado, que ni él conocía su voz.

Era tan solo un hombre.

Era tanto.

Era octubre de 2007.



**La felicidad se lleva sin dar cuenta de nada
sin nada tener la felicidad acumulada**

Parte por parte, desmenuzar lo desecho
para buscar respuestas en cada migaja.
Línea por línea redibujar lo que está vivo
para armar en cada punto, mundos con techo.

Nunca en un aleteo se puede tener lo oculto,
nunca en un parpadeo, la risa que lo calme,
nunca en un sueño profundo, algo que lo cuente,
nunca la comprensión total.

Siempre serán años los que a costas la tristeza
como estela en el mar, cicatriz de vida se lleva.
Siempre un alivio será momentáneo
como una brisa al salir de la caverna.

Parte por parte, los restos de vida
piezas irreconciliables de un rompecabezas.
Destrozo de sangre, almas de huesos,
tierras que condenan, silencios que ahogan.
La muerte toma muchas formas,
la muerte nos busca de muchas formas.





Vértice II

Arrancarse la piel
desgarrarse el alma
entibiar lo frío
y saltar al vacío.

Destruir el impulso
detener el pulso
sentirse absurdo
volverse franco y burdo

El individuo se vuelve solitario, porque detrás está la sociedad,
sus manos se vuelven frías, porque el calor las abrazó antes.
La sombra es la falta de luz, la sombra solo existe porque existe la luz.
¿Qué si no el mundo convierte al ser en un no ser? ¿Qué si no el ser
puede revertirlo?

Nudos que se aprietan
pechos que se desvanecen
hilos que se deshacen
pedazos que se escapan.

Olvidos hechos silencios
Arboles que envejecen
Lluvias y desprecios
corazones que no enrojecen.







Aristas VIII







Sorpresa

Observador,
inoportunamente justo
gestos expresiones y repeticiones
un horizonte en mi mano, un sol en mis ojos,
un silencio que se explica y un titubeo que no se asfixia.



El aura

*«A veces la fortaleza viene de la fragilidad
y de ella la claridad.
A veces algún ángel te toca
y te devuelve la humanidad,
algún ángel, algún ser».*

Aunque solo por unos segundos,
ese toque celestial
me arrancó de lo profundo
y aunque con las manos frías
sacó del hielo a mi alma muerta.

Por un momento creí
recuperarlo todo,
pero solo recuerdo el sentimiento
sin poder ya sentirlo.

Vale la pena revivir
vale la pena volver a sentir
a respirar la brisa
a recuperar la risa.

A veces la magia te moja
y el espíritu se despierta en sobresalto
y por un de instante dejas de caer
para volver ínfimo a creer.

A veces lo frágil es tan cierto
a veces tan claro
a veces tan conciso y escaso.



A veces el amor
toma formas imposibles
toma millones de aspectos
y se aparece de pronto,
o se va desvaneciendo.



~~¿Será posible pesar un suspiro
de esos que se pierden
y se pierden en ningún lugar?~~

Pesar un suspiro
un suspiro que se pierde
y se pierde en ningún lugar

Una telaraña con sus finas hebras
apenas visibles, apenas luces,
fuerte como el acero pero suave
se resuelve en suspiro.

Rescato los antónimos metafóricos de la naturaleza
el contraste de la dualidad del alma,
rescato lo casi imperceptible,
lo común , lo casi indefinible.



(¿Cómo es posible?)

Estas existencias conviviendo,
conviviendo en su propio mundo
equilibrado en lo profundo

(¿Cómo es posible?)

Se agiganta su imagen,
sus ojos brillan, sus brazos se alargan
su pecho profundo es un abrigo eterno.
Sus piernas se fortalecen,
todo lo malo se desvanece.

Después en un descuido la veo,
la telaraña, el suspiro;
quiebran, se quiebra.
Entonces ella se hace pequeña



su alma veo, su alma apenas luces
entonces ella...
La siento pero más la veo.

Entre mis brazos se refugia
se hace frágil, quebradiza,
en mis manos se disuelve
y escapa sin alas su sonrisa.

La fortaleza y lo frágil
la protección y el refugio,
aparecen y desaparecen.

(Aparecen ;Cuándo? ;Qué gota de agua se desliza en su interior?)

A veces me abraza,
a veces cabe en mi puño.

Su tristeza más lejana, la desnuda por completo.
Su sangre, sus lágrimas derramándose del recipiente roto.
Segundos de misterio que no alcanzo a develar.
Segundos que muestran su pleno ser.



El silencio

A orillas de la historia
soy dueño de la nada,
me dispongo a empezar
lo que nunca voy a acabar.

Me paro frente al torrente
dispuesto a ser parte
sin cambios.

Me limito en la orilla,
me bebo el fracaso
y quedo eterno ocaso.

Rebusco una pequeña
pero segura felicidad,
seguro silencio.

Me embarco al olvido
me trago la indiferencia
y me sumo a la mentira.





Vértice III

Un vértice, como una bifurcación,
o el origen de una decisión.
El lugar donde alguna vez nos paramos,
lugar único que define nuestra historia.
Somos empujados, obligados,
somos algo libres,
limitados por las «reglas de la geometría»
que podemos y debemos transformar.







Aristas IX







Inercia

Veo la vida como a través de un vidrio
y siento la mía como un hueso sin carne.
Veo a la gente que se mueve,
como muñecos con ojos sin luz.

Me envejecen las almas mezquinas,
los espíritus miserables
la corrupción silenciosa,
el óxido que se desparrama
por los engranajes del sistema.





Si algo quedó prohibido quedó en el olvido

Se esconde en el fuego de los sueños
tras la tiniebla de la otra realidad.
Si una aguja hiere la razón
lo hace desde una magia incontrolable,
si gira a través del universo, o lo atraviesa
y regresa al mundo de los vivos,
lo hace a escondidas,
entre las letras, entre colinas.

Un músculo sin sensaciones
vuelve en sí, vuelven las visiones.
Hechizo sin nombre
cuento sin fin,
sin sentido, sin cuerpo.
Frágil, efímero o incierto,
nítido y fantasmal al segundo después.
No son contradicciones
es el olor a campo en medio de la ciudad,
una aparición en medio de la oscuridad,
sin comprensión sin motivo alguno
sin amor oportuno.
Símbolo o estrella sin guía,
laberinto sin salida,
encuentro sin búsqueda,
silencio que se acomoda
alimento no esencial.



Un pasillo con luces que nunca encienden

Mi casa tiene un pasillo con luces que nunca se encienden,
tiene un patio de promesas que jamás crecen.
Mi casa es muy oscura de noche y de día está cerrada,
las ventanas no se abren y las puertas solo abren desde adentro.
Mi casa duerme siempre, solo despierta a veces con lágrimas,
tiene una cocina de historia y un aroma a pasado que se ha quedado.
Mi casa es un teléfono sonando en el vacío,
no entra la tierra ni sale el viento.
Mi casa tiene un jardín con flores en macetas,
una jaula sin aves, un pecera sin peces.
Mi casa es un pasillo con luces que nunca se encienden.





El ojo de buey

Un ojo que me permita ver
hacia adentro y hacia fuera.
Un gran ojo, un poco mío,
un poco de todos.

Un ojo de buey, esférico y panorámico,
un ojo íntegro, real.
Uno sin iris, sin pupila
con alma transparente.

Que pueda ver yo
y ellos allá afuera.

Quizás rompa esa última barrera,
quizás uno de un barco ,
quizás uno de tierra
un ojo de buey.



Vértice IV

Llueven.
La lluvia desde la ventana como un todo, como algo que pasa, una cortina que en el mejor de los casos tranquiliza, que da esa sensación lánguida de tardes grises, donde uno se ensimisma pero no lo incita a «salir» (generalmente) a ninguna parte.

No seríamos capaces de aislar una gota de esa lluvia que cae y, observarla desde su principio hasta el fin, rebotando en el suelo que luego la absorbe. Sería imposible. Quizás si la lluvia fuera una sola gota que cae en un día especial, a una hora determinada y desconocida, uno esperaría todo ese día para poder observar ese fenómeno, desde el momento en que se la pueda divisar hasta que se pierda en el encuentro con la tierra.

Nos lleva la marea, nos disfrazan la realidad con una lluvia tupida y nos quedamos inmóviles sin poder aislar un solo elemento de ese fenómeno que no nos deja ver. La lluvia es poesía, es paz, es vida, es tormenta e inundación, es ceguera, es silencio, es quietud.

Es una válvula de descompresión, que da cierto alivio, desahogo individual, por supuesto, lo colectivo se intenta desechar por los métodos que sea, por si nos ponemos de acuerdo un día y cambiamos algo. Esta «válvula» funciona conmigo, para mi unidad y todas las unidades.

Llueve información, llueve copiosamente a través del televisor, a través de la red, lo sabemos todo: menos que podemos hacer algo a la vuelta de la esquina, menos, que somos paralizados en nuestras casas tras la lluvia, arrastrados, una vez más, a la individualidad, a la soledad en beneficio de un sistema tan cruel y tan sádico que se disfraya a cada momento, que engaña, que encubre.



Vértice V

Falta.

Bocetos desvanecidos,
humanos que nacen
y se deshacen.
Seres vitales
destinos Mortales.
Objetos esenciales
entes demenciales.
Mundos como individuos,
personas como mundos
estancados sujetos.

Falta.





Vértice VI

Quando no existen claros horizontes, cuando aquellos son infinitos y no es posible abarcar con la vista el todo o discriminar algo de aquel todo, lo esencial, el hombre, se vuelve ciego y desesperanzado... por la modernidad.







Epílogo





PRISMA

Todos sabemos que la luz no es solo lo que vemos, sus componentes en conjunto pueden serlo. Al descomponerla nos muestra su alma, su espectro visible. Su arco iris nos enseña que lo real y lo ilusorio no se contraponen. Porque hay una «*realidad*» que se muestra blanca y una «*ilusión*» que se muestra de muchos colores (¿O al revés?).

Entre el prisma están estas dos verdades: el mundo ordinario y la realidad no ordinaria.

El prisma nos arranca desde su doble perspectiva. Nos hace ver que lo más sencillo a veces es lo más complejo, que hasta un pequeño haz de luz es una complicada forma, con un abanico de posibilidades, donde lo ficticio se presenta como una realidad y la distancia entre los dos mundos es la de un prisma. Solo hay que atravesarla y colocarse afuera para observarlos.

Si se quiere contar una historia, se tiene que contar muchas a la vez. Si se quiere explicar un fenómeno es necesario explicar muchos fenómenos.

Si se quiere definir el universo se debe definir cada galaxia. Si se quiere conocer las galaxias se deben conocer los planetas, y si los planetas, cada ruta que los conforman, cada hilo de plata que teje el cosmos y otra vez infinitamente, repitiendo latido tras latido de los seres vivos.

Si se quiere hablar de lo que le pasa al mundo, se puede hablar de lo que le pasa a la gente, al individuo en su entorno, desmenuzar las crueldades de un sistema sin alma, de una sociedad enferma; escapar del engaño, reconocer el prisma con sus realidades, transformarlas. Desde cada rincón, desde las perspectivas más contradictorias, más estrafalarias, más incoherentes, más humanas.



*«Que tengan paciencia los inmortales,
yo no puedo darme ese lujo»*

M.E.L.







<i>Dedicatoria</i>	7
Aristas I	9
Brotos bajo tierra	11
La ciudad, un mundo	12
La farsa y la indiferencia	13
Lo del fondo	14
Brazos cruzados, mentes indolentes	15
El abandono I	16
Caras I	17
Asado con hueso (El efecto de los afectos)	19
Cortando por lo sano	25
La posta	31
Aristas II	37
Él	39
¿Y después?	40
Ni trizas	41
Cuando el río llega al mar	42
Caras II	43
Ocho años	45
Invisible	49
Aristas III	51
Liberar, para encontrar	53
Continuidad de espíritu y secuencia de grises	54
Para empezar	55
Comprensión	56
Caras III	57
La vereda	59
La vida en común (La convivencia)	61
Otro atardecer	62
Aristas IV	65
Expresiva	67
El infiernito de cada uno	68
Mientras duerme	69
Sangre	70
Caras IV	71
Es solo una noche de invierno	73
Mimesis	75
Una crónica simple y un esquivo destino	76
Aristas V	79
Un trabajo como cualquiera	81
Cerebral	82
Una imagen	83
No hay afirmación posible, ni duda para lo eternamente incomprensible	84

Caras V	85
Imágenes perdidas	87
Este hombre reservado y de tan buenos modales...	90
Las huellas de Eric Orión	
(El sendero de las hormigas)	93
Cuento para no dormir	98
Aristas VI	107
Las arañas también	109
Música	110
La habitación	111
Como un perro	112
Vértice I	113
Aristas VII	115
Pensamiento para viajes	117
Pequeño infinito	118
La felicidad se lleva sin dar cuenta de nada, sin	
nada tener la felicidad acumulada	119
Vértice II	121
Aristas VIII	123
Sorpresa	125
El aura	126
(¿Será posible pesar un suspiro de esos que se	
pierden y se pierden en ningún lugar?)	128
El silencio	130
Vértice III	131
Aristas IX	133
Inercia	135
Si algo quedó prohibido, quedó en el olvido	136
Un pasillo con luces que nunca encienden	137
El ojo de buey	138
Vértice IV	139
Vértice V	140
Vértice VI	141
Epílogo	143
Prisma	145
<i>Índice</i>	149



